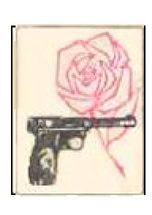




Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Siempre prisioneros

Varios militares que habían sido hechos prisioneros en Vietnam han sido liberados y han regresado a Estados Unidos. Pero tres de estos han sido asesinados, por lo que se convoca a la CIA y esta recurre a la agente Baby para que resuelva el caso.



Lou Carrigan

Siempre prisioneros

Brigitte en acción - 201

Archivo Secreto - 168

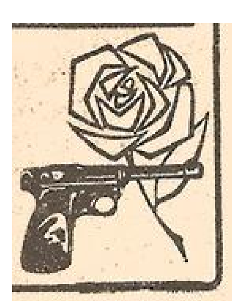
ePub r1.1

Titivillus 14.08.2017

Lou Carrigan, 1975
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

—Por el amor de Dios, Frankie… ¿Te vas a comer todo eso?

Frank Minello, jefe de la Sección Deportiva del Morning News, dejó de frotarse las manos y relamerse contemplando la cena que había encargado, y miró a la persona que le había hecho la pregunta.

¡Qué persona…!

La más bella mujer del mundo, sin discusión posible. Era elegante hasta el asombro, hermosa hasta el límite, delicada hasta lo increíble… Ojos azules; azul cielo, grandísimos, llenos de dulzura; de inteligencia, de luz. La boquita sonrosada estaba abierta a medias en manifestación de su asombro. Y en una manita sostenía una de las flores del búcaro que el camarero de Sam's había colocado en la mesa, naturalmente en honor a ella. Una manita que, dicho sea de paso, era más hermosa que la flor.

Para los habituales de, Sam's, el restaurante sito cerca del Morning News, aquella persona era harto conocida… y admirada sin excepción, porque era amable, educada, simpática, capaz de ayudar en todo a quien se lo pidiese. Eso aparte de que era una de las periodistas más famosas y sorprendentes del mundo entero, ganadora del Premio Pulitzer, invencible a la hora de escribir cualquier artículo.

Para los habituales de Sam's, la señorita Brigitte Montfort era bien conocida, como una persona admirable y una periodista fuera de serie. Estaban acostumbrados a su bellísimo rostro, a sus amables bromas, a su risa celestial… Todos sabían en Sam's quién era Brigitte Montfort. Lo que no sabía ninguno era que aquella delicada joven, que parecía incapaz de sacudirse una mosca por no molestarla, era, también, la agente Baby, la más eficaz, peligrosa, audaz, mortífera, implacable espía del mundo, al servicio de la CIA generalmente, pero en verdad, siempre, siempre, al servicio de la

paz.

Nadie sabía esto en Sam's, excepto Frank Minello, su mejor amigo, que se dejaría matar por ella. Y Miky Grogan, director del Morning News, en el cual trabajaba la señorita Montfort. Moses, el jefe de Redacción, qué compartía la mesa con Brigitte, Minello y Grogan, vivía en la creencia de que las frecuentes ausencias de Brigitte eran debidas unas veces por trabajos periodísticos y otras por asuntos personales. Si le hubiesen dicho que la señorita Montfort era capaz de enfrentarse a tres hombres sin arma alguna y matarlos a los tres, se habría desmayado de la impresión.

Pero en aquel momento no había por qué desmayarse.

Simplemente, Brigitte había hecho una pregunta a Frankie, y tanto éste como Grogan y Moses, la miraron alzando las cejas.

Fue Frank Minello quien habló:

—Claro que me lo voy a comer —mascullό—. Tengo derecho a cenar, ¿no?

—Desde luego —tuvo que admitir Brigitte—. Pero, Frankie, con todo eso no sólo vas a cenar, sino que yo diría que vas a desayunar y almorzar, por lo menos.

—¡Bah, bah, bah! —rechazó Minello—. Nos espera una dura noche de trabajo, y no se puede trabajar con el estómago vacío.

—Tampoco creo que se pueda trabajar con el estómago atiborrado —insistió Brigitte—. ¡Santo cielo!; si yo ingiriese todo eso me moriría de indigestión.

Frank Minello sonrió, alzó ambos brazos, doblados, y tensó los músculos. Unos enormes bíceps se marcaron formidablemente en las mangas de su chaqueta.

—Soy un hombre grande y fuerte —dijo categóricamente—, así que necesito comer mucho.

Miky Grogan lo miró sarcásticamente.

—Me parece bien. Pero deberías comer más pescado.

—No me gusta el pescado —protestó Minello—. No veo por qué demonios tengo que comer pescado.

—Dicen que el pescado aumenta el contenido de fósforo en el cerebro, y que el fósforo es básico para la inteligencia humana — informó Moses, sonriendo ladinamente—. Me parece que Miky ha dado a entender, que no eres demasiado listo, Frankie.

Miky Grogan miró afablemente al jefe de Redacción.

—Moses, recuérdame que te aumente el sueldo.

—¡Con mucho gusto! —rió Moses.

Brigitte también rió, fija su mirada en Minello, que comenzaba a mosquearse.

—Ya se están metiendo contigo otra vez, Frankie —dijo.

—Envidia que me tienen. Son un par de viejos decrépitos que andan tomando pastillas todo el día… Pura envidia. Estoy seguro de que les gustaría poder cenar como yo, en lugar de chupar con sus cariados dientes una hoja de lechuga y un filete de carne que para verlo yo necesitaría una lupa… ¡Cochina envidia! Y tú, ángel de mi amor —puso Minello los ojos en blanco—, ¿también crees que necesito comer pescado?

—Hombre… —los bellísimos ojos azules se entornaron maliciosamente—. La verdad, Frankie, todos necesitamos comer pescado. Pero en tu caso, bastaría con una sola pieza.

—¡Ajajá! —exclamó Minello, con tono de triunfador—. ¿Se dan cuenta, ancianos? ¡Brigitte me considera inteligente…!

—No he dicho exactamente eso, Frankie.

—¿Cómo que no? —se sorprendió Minello—. Has dicho que con un solo pescado tendría suficiente, así que…

—Pero no he dicho qué pescado, querido.

—¿Qué más da? Un lenguado, una sardina, un…

—Mejor una ballena —deslizó Brigitte.

Grogan y Moses se echaron a reír. Pero no solos. Rieron también los clientes que tenían la fortuna de estar aquella noche cerca de la mesa de Brigitte Montfort. Y rió el camarero, que se acercaba con la botella de vino italiano pedido por Minello. Y al oír reír a todos estos personajes, el restaurante entero soltó la carcajada, oyéndose en seguida algunas voces:

—¿Qué ha dicho Brigitte?

—Oye, ¿qué ha dicho la reina?

—Ya le ha soltado al pobre Frankie alguna de las suyas…

—Seguro que hay para mondarse de risa.

—Esa divina criatura tiene tan buen humor que para mi suegra lo quisiera…

Los comentarios recorrieron el local con la fuerza del rumor de un oleaje, mientras Frank Minello iba enrojeciendo hasta adquirir el tono del más hermoso tomate.

—Me odias… —musitó—. ¡Me odias, amor mío!

—Te quiero —rió Brigitte—. Pero tengo que admitir que comes demasiado. Me recuerdas a Iñaki.

—¿Quién es ese tipo?

—Un vasco español.

—¿Un qué?

—Este gorila no sabe nada de nada —se ensañó Grogan—. Bueno, de deportes sí entiende, debo admitirlo. Pero, por lo demás, es más tonto que una colilla.

—De deportes sí entiende, es verdad —apoyó Moses—. Pero estos días está desconcertado. Y muy triste. ¿Verdad, Frankie?

—¿De verdad estás triste, Frankie amado? —se interesó vivamente Brigitte—. ¿Por qué?

—Yo no estoy triste —refunfuñó Minello.

—Está triste como un niño al que obligan a ir al colegio en domingo —remachó Moses—. Y todo porque le han roto la cara a Cassius Clay. O, si lo prefieren, Muhammad Ali, el rey de las doce cuerdas. Le dieron un bofetón que…

—¡Hubo trampa! —gritó Minello.

—¿Cómo que hubo trampa? —saltó Moses—. ¡De eso nada, muchacho! A tu admirado Muhammad le dieron un sopapo y le rompieron la cara. Tres meses sin boxear, querido mío. ¡Trampa, dice…! ¿Qué clase de trampa, vamos a ver?

—El otro tipo llevaba un puño de hierro de esos de la Edad Media dentro del guante… ¡Lo llevaba!

Minello gritaba tanto que lo oyeron todos. Y el abucheo fue general. Minello se enfadó tanto, que ni siquiera se dignó contestar. Bajó la cabeza, tomó el tenedor y la emprendió con su cena a toda máquina.

—Igual, igual, igual que Iñaki el vasco —dijo Brigitte.

Minello la miró y masculló con la boca llena:

—Bueno, ¿quién era ese Iñaki? ¿Qué hizo?

—Es un chiste que me contaron en España. Allá, los vascos, que así se llaman a los de una provincia española llamada Vizcaya, tienen fama de ser muy comilones, y el tal Iñaki es, un personaje de chiste, muy famoso. Bueno, un día invitaron a comer a Iñaki unos cuantos amigos y se lo llevaron a una taberna-restaurante. Era la primera vez que iban a aquel restaurante, y el camarero no conocía

a Iñaki, así que le preguntó, como a los demás, qué deseaba cenar… ¿Y sabes qué contestó Iñaki?

—¿Qué contestó?

—Pues dijo: «Hoy no tengo mucho apetito, así que tráigame una vaca.»

Hubo risas alrededor, y hasta Minello tuvo que soltar la carcajada, haciendo esfuerzos por retener la comida en su boca.

—Un momento —cortó Brigitte—: el chiste todavía no ha terminado.

—¿De veras? —rió Moses—. ¡No es posible!

—¿Qué sigue? —reía también Grogan.

—Veamos… El camarero, al oír aquello, pensó que Iñaki le estaba gastando una broma, y como era tipo de excelente humor, tan vasco como Iñaki, en lugar de desconcertarse decidió seguir la simpática broma y preguntó: «¿Una vaca? ¿Y nada más…?» Entonces, Iñaki, por no defraudar a tan servicial camarero, replicó: «Bueno… Póngale unas patatitas… ¡Muchas patatitas!». Ese es Iñaki.

Minello tuvo que colocarse la servilleta delante de la boca, mientras los demás reían a mandíbula batiente, aunque algunos no se habían enterado bien.

—¿.Qué ha dicho?

—Un tipo que se comió una vaca.

—Ah… ¡Qué bárbaro!

—Pero con patatitas —exclamó otro comensal—. ¡Con muchas patatitas!

—¡Oye, Sam! —gritó otro—. ¡Como esta noche le cobres la cena a la señorita Montfort, te quedas sin clientela!

—¡Cena pagada!—rió el propietario, junto a la mesa de recepción de pedidos.

—¡Ay, mi madre! —pudo reír por fin, a gusto Minello—. ¡Con muchas patatitas! ¡Hey, camarero: tráeme muchas patatitas!

La única persona que no reía allí era, precisamente, la señorita Montfort, que estaba mirando hacia la puerta del restaurante. Muy seria. De pronto, pareció darse cuenta de que su seriedad no encajaba allí, y sonrió, un tanto desganadamente.

—Ya vuelvo —murmuró—, O quizá no.

—¿Qué dice? —respingó Grogan—. ¿De qué está hablando?

¡Esta noche tenemos todos mucho trabajo…!

Pero Brigitte caminaba ya hacia el aparador donde se apilaban bocadillos. Tomó uno, lo mostró a Sam, que asintió con la cabeza, y se fue hacia la puerta, sonriendo bajo el diluvio de bromas que iba recibiendo.

Salió a la calle, mirando a ambos lados… pero dejó la mirada fija, finalmente, en un coche estacionado en doble fila delante de Sam's. Dentro del coche se había encendido una lucecita, como si alguien estuviese encendiendo un cigarrillo. Se acercó al coche, abrió la portezuela derecha y entró, sentándose junto al conductor, que chupaba desganadamente de su recién encendida pipa.

Era un sujeto menudo, delgado, de ojos penetrantes y facciones duras: Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA.

—¡Hola, tío Charlie! —musitó Brigitte.

—La están esperando en la Central —dijo Pitzer.

—Cuando he visto su cara, espiando en el restaurante, me he temido algo así. Por eso traigo este bocadillo… Porque supongo que no puedo cenar con mis amigos.

—Yo también soy su amigo, ¿no?

Brigitte sonrió, señaló hacia adelante y dio un mordisquito al bocadillo. Exquisita y refinada como quien más, no tenía inconveniente alguno en andar a mordiscos con un bocadillo de queso si la ocasión así lo imponía.

Charles Pitzer, que ya conducía por el centro de la calzada, dijo sin mirarla:

—Han matado a tres hombres.

La señorita Montfort se quedó como si de pronto el queso se hubiese quedado incrustado en su garganta. Consiguió por fin tragar el bocado, palidísima, y susurró:

—¿De los nuestros? ¿Tres Simones?

—No… No, no. No eran de la CIA: perdone si me he expresado mal.: Hasta el momento, no hay noticias de que haya sido asesinado ninguno de sus queridos «niños», Brigitte.

—Bien… Entonces la noticia es menos mala…, pero sigue siendo mala, claro. ¿Quiénes eran?

—Tres militares: el capitán James Carson y los soldados William Tarlett y Arnold Weston.

—Ya… ¿En qué se ocupaban?

—En nada. Descansaban. Formaban parte del contingente de prisioneros que han regresado estos días de Vietnam del Norte.

—Vaya… No se puede decir que les haya sentado bien el regreso a la patria. Lo siento de veras; pero no entiendo qué tiene que ver la CIA con esto, tío Charlie. Yo diría que es una cuestión de tipo militar, ¿no? Los servicios de información adecuados, o quizás, incluso, los de investigación de la Policía Militar…

—El Departamento de Guerra ha puesto el caso en manos de la CIA Y no me pregunté por qué: no lo sé.

—Entonces, dígame lo que sepa.

—De acuerdo. Esto es lo que sé: Míster Cavanagh me llamó personalmente por la radio, y me encargó que la localizase cuanto antes y la enviase inmediatamente a la Central. Así que envié a Simón a preparar el helicóptero, y yo la llamé a su apartamento y al Morning. Fue en el periódico donde me dijeron que debía estar usted en Sam's. Ahora, todo lo que tengo que hacer es llevarla a donde Simón la espera, con el helicóptero, para llevarla con míster Cavanagh. Eso es todo, aparte de lo que le he dicho sobre esos tres asesinatos.

—No es mucho lo que usted sabe —murmuró Brigitte—. Pero tengo la certeza de que en la Central, míster Cavanagh me está esperando con toda la información que haya sido posible reunir.

Capítulo II

Cerró la puerta tras ella, mientras míster. Cavanagh, jefe absoluto del Grupo de Acción de la CÍA., acudía hacia ella, cojeando, tendida su diestra:

—Bien venida —murmuró—. Y gracias por la rapidez.

Ella estrechó afectuosamente la mano de, Cavanagh.

—No he podido ni terminar un bocadillo de queso —sonrió—. Y no por falta de tiempo, sino porque se me fue el apetito. ¿De qué se trata?

Cavanagh le pasó un brazo por los hombros, la llevó hasta un sillón, y luego fue a sentarse ante su mesa, que quedó entre ambos. Vaciló visiblemente, pero acabó por alzar un sobre y tenderlo hacia Brigitte.

—Son fotografías de los tres militares asesinados.

La divina espía las sacó del sobre, y miró los rostros de los tres hombres, con atención. Cierto: dos «marines» rasos y un capitán. Cada fotografía tenía el nombre completo del sujeto.

—Vistas —dijo devolviéndolas.

Cavanagh le tendió otro sobre, vacilando aún más que antes.

—Aquí están las que tomaron después de los asesinatos. Por un lado, creo que debe verlas. Por otro, casi me atrevo a pedirle que no las mire.

Baby alzó las cejas, un tanto sorprendida. Luego, ante el gesto resignado de Cavanagh, tomó el sobre y sacó las fotografías que contenía. Habían quizá veinticinco o treinta… Y sólo ver la primera, la espía más peligrosa del mundo palideció intensamente…

—Dios…

—Ya ha visto una; no mire las demás, Brigitte. No tiene por qué hacerlo. Le advierto que ésa es la menos… impresionante.

Brigitte bajó de nuevo la mirada hacia la fotografía de la víctima. No podía saber cuál de los tres hombres era, porque había

sido… machacado, mutilado, destrozado… Estaba en el centro de un charco de sangre y parecía, simplemente una piltrafa.

Suspiró, metió las fotografías en el sobre y las devolvió a Cavanagh, con gran alivio para éste.

—¿A los tres los han… tratado igual? —preguntó.

—Sí. Los tres fueron asesinados salvajemente, despedazados… Algo alucinante, créame.

—¿Se sabe quién lo ha hecho?

—No.

—¿Y los motivos?

—Tampoco, claro.

—Pero una cosa así no se hace sin motivos, supongo.

—Evidentemente. Pero los motivos sólo los conocen los asesinos…, por el momento.

—¿Tenemos alguna pista, algún dato…?

—Algo hemos conseguido… Mejor dicho, el Departamento de Guerra nos dio ya planteado el problema con bastantes datos…

—Perdone un momento, señor; ¿por qué han recurrido los militares a la CIA? Tienen su propio…

—Habrá que ir a Hong Kong. Pero déjeme que le explique cómo están las cosas y luego contestaré a las preguntas que se le ocurran. Veamos. Como usted sabe, en estos tres meses últimos se está llevando a cabo la repatriación de prisioneros norteamericanos en Vietnam del Norte. Estos tres hombres formaron parte de una de las primeras expediciones de regreso a Estados Unidos. Concretamente, salieron de Saigón el día quince de febrero, junto con otros muchos, desde luego. Llegaron aquí, se llevaron a cabo los trámites militares correspondientes, fueron licenciados… Todo eso. Y como es lógico, todos esos hombres, aún desconcertados, asustados, cohibidos, reemprendieron su vida normal civil del modo más razonable posible: tomándose una temporada de descanso, de reflexión, para centrar su mente, su espíritu… Todas esas cosas: Un prisionero de guerra no suele pasarlo bien, ya lo sabemos. Y los asiáticos, por regla general, no tratan a sus prisioneros precisamente con cariño… En fin, regresaron, fueron licenciados y se dedicaron a descansar esperando el momento de readaptarse. Hasta aquí, todo bien.

—Eso parece. Pero luego, casi, tres meses más tarde, asesinan a esos tres hombres.

—Eso no es lo más sorprendente.

—¿Qué quiere decir?

—Pues… Bueno, como le he dicho antes, el Departamento de Guerra nos ha dado el problema ya muy completamente planeado. En principio, las investigaciones corrieron a su cargo, hasta que apareció el teniente Klondike…

—¿Quién es él?

—Espere. Luego le hablaré de Brian Klondike. Sigamos con las investigaciones que emprendieron los servicios secretos militares. Tras muchas teorías y cábalas, llegaron a una conclusión, a un estado de cosas en verdad asombroso: los tres asesinados habían estado prisioneros en Vietnam del Norte, en el mismo barracón que otros treinta y nueve soldados, uno de los cuales es el teniente Klondike.

—¿Qué tiene eso de asombroso?

—Tenemos a tres hombres muertos, a uno que se ha presentado al Departamento de Guerra, y… los otros treinta y ocho que estuvieron en el mismo barracón han desaparecido.

—¿Cómo? —se pasmó la espía.

—Han desaparecido.

—¿Han desaparecido… treinta y ocho militares, todos ellos recientemente regresados de Vietnam?

—Sí.

—Pero… ¡No puede ser! Deben estar en alguna…;

—Han desaparecido. No hay ni rastro de ellos. Solamente del teniente Klondike. Y a éste no se lo han llevado también porque pensaban utilizarlo, desde luego.

—¿En qué? Utilizarlo…, ¿cómo?

—Como intermediario. El teniente Klondike se presentó en Washington pidiendo la cantidad de cinco millones de dólares a cambio de esos treinta y ocho hombres desaparecidos.

—Esto es fantástico… A ver si lo he entendido bien, señor: en cierto barracón de un campo de prisioneros de Vietnam del Norte habían cuarenta y dos prisioneros norteamericanos, cuatro de los cuales eran el teniente Brian Klondike y los tres asesinados… Esos cuarenta y dos hombres son de los primeros en ser libertados y en regresar a casa. Todo bien, todo normal, todo el mundo contento… Ahora, dos meses, más tarde, asesinan a esos tres, y se… llevan a

treinta y ocho, dejando libre al teniente Klondike, a fin de utilizarlo como intermediario en la petición de cinco millones de dólares a cambio de devolver a esos treinta y ocho hombres. ¿Es así?

—Exactamente.

—Pero… Bueno, ¿dónde está el teniente Klondike ahora?

—En una de nuestras salas de… «conversación».

—¿Lo están interrogando algunos Simones?

—Sí. Pero Klondike no sabe nada. Los del Departamento de Guerra primero, y desde hace unas horas nosotros, lo estamos acribillando a preguntas, sin conseguir otra cosa que la misma versión siempre.

—¿Qué versión?

—Klondike dice que se le presentaron dos hombres en su apartamento de San Diego, California, y le dijeron que habían matado a tres compañeros suyos como prueba, y que tenían a los demás. Para dejarlos libres, querían cinco millones de dólares. Si no recibían ese dinero, los irían matando igual que han hecho con el capitán James Carson y los soldados Weston y Tarlett. Si, como aquellos dos hombres suponían; el Gobierno decidía pagar por ellos, Klondike debía entregar el dinero en Hong Kong.

—¿A quién y cómo?

—Aún no está decidido eso. Klondike debe regresar a su apartamento, y allí recibirá una llamada telefónica para inquirir sobre la decisión de Washington. Una vez esos dos sujetos sepan que se ha decidido pagar, Klondike debe partir hacia Hong Kong y allá deberá entregar el dinero.

—Pero…, ¿a quién y cómo? ¡Tiene que saber eso!

—Klondike debe partir hacia Hong Kong. Eso es todo. Es de suponer que esa gente, sea quien sea, sabrá lo que hace.

—Sí… Claro. ¿Hemos decidido pagar?

—En principio, sí.

—Entiendo… Pero yo tengo que intentar solucionar el asunto de otro modo, ¿verdad?

—Pues… hay algunos puntos en este asunto que a mí personalmente, y supongo que a otras personas aunque de momento no digan nada, me tienen muy intrigado. Y el más intrigante es éste: ¿por qué esto les ha ocurrido precisamente a los cuarenta y dos hombres que durante meses y meses, y hasta años, estuvieron

compartiendo el mismo barracón durante su cautiverio en Vietnam del Norte?

—Es una buena pregunta… ¿Qué dice Klondike?

—No sabe nada. Naturalmente, les dijo a aquellos tipos que sí, pero pensando que estaban chiflados. En cuanto ellos se fueron, comenzó a hacer llamadas telefónicas, por conferencia, claro… Ninguno de sus cuarenta y un camaradas de armas y de cautiverio respondió. Ninguno estaba en casa. Estaban sus madres, o esposas, o hermanos, o hijos… Y todos los familiares que atendieron las llamadas dieron la misma información: la persona requerida no estaba en casa, había desaparecido, se había marchado no sabían cuándo ni adonde…

—Esto es absurdo… No es fácil secuestrar a treinta y ocho ex combatientes, señor. Matar a tres puede ser fácil. Pero secuestrar a treinta y ocho… Y además, matar a los tres de ese modo horrible… No me gusta este asunto. ¿Cómo eran esos dos hombres que fueron a ver a Klondike para pedirle el dinero?

—Corrientes. Llevaban barba y lentes de cristales oscuros —sonrió secamente Cavanagh.

—Unos genios del disfraz… —refunfuñó sarcásticamente la divina espía—. ¿Klondike no pudo reconocerlos?

—No. Para terminar, le diré que los servicios secretos del Departamento de Guerra, y en estos momentos nosotros, estamos intentando encontrar pistas de esos treinta y ocho desaparecidos y de los asesinos del capitán Carson y los soldados Weston y Tarlett, pero no hay resultados hasta el momento. Y no creo que la «conversación» con el teniente Brian Klondike pueda servirnos de gran cosa… ¿Quiere tomar parte en ella?

—¿Tenemos fotografías de él?

—Claro. De todos. De los cuarenta y dos ocupantes del barracón de prisioneros. ¿Las quiere ver ahora o prefiere antes charlar con Klondike?

—Preferiría echar un vistazo a esas fotografías antes. ¿Tenemos una prisa especial por algo, señor?

—Que yo sepa, no.

Cavanagh señaló dos montones de carpetas muy bien apiladas en un ángulo de su mesa, y Brigitte tomó la primera de aquellas carpetas. Correspondía, precisamente, al expediente del capitán

asesinado. James Carson. Y, dadas las circunstancias, el Departamento de Guerra había aportado profusión de material informativo escrito y fotográfico.

Lo mismo sucedía con los demás hombres que habían estado prisioneros en el mismo barracón en Vietnam del Norte. El que menos tiempo, había permanecido cautivo diecinueve meses; el que más, casi cuatro años.

Durante más de una hora, la espía más eficaz del mundo estuvo dedicada a obtener aquella información, que quedaría para siempre archivada en su fabulosa memoria. Cavanagh lo sabía, así que no dijo ni una palabra. Se limitó a fumar y a esperar. Por fin, Brigitte dejó la última carpeta y se puso en pie.

—Iremos a ver al capitán Klondike —dijo, como si la conversación no hubiera estado interrumpida durante casi ochenta minutos.

Cavanagh también se puso en pie.

—¿Se le ha ocurrido a usted alguna pregunta interesante que hacerle?

—No. Además, nosotros le veremos a él, pero el a nosotros no nos verá. ¿Es posible?

—Desde luego. Vamos allá.

Cinco minutos más tarde, entraban en un cuarto y tras cerrar la puerta, Cavanagh fue directo a un cuadro, lo abrió como la tapa de un libro y Brigitte vio inmediatamente al teniente Klondike en el cuarto contiguo, por aquella especie de ventana que, al otro lado, tenía un espejo falso.

Brian Klondike estaba sentado en un sillón, fumando. Con él, algunos de pie y otros sentados, habían cinco agentes de la CIA, de los cuales Brigitte conocía a dos. El ambiente era tranquilo, amable. Se bebía *whisky*, y los seis hombres parecían estar disfrutando de una sosegada tertulia.

—Entonces, teniente —preguntaba en aquel momento uno de los agentes de la CIA—, tenemos que usted no supo que habían matado a tres de sus compañeros de cautiverio.

—No, no lo sabía —replicó Klondike.

—Lo supo después, cuando sus superiores le informaron.

—Sí —Klondike parecía bastante cansado—. Ya les he dado a ustedes esta explicación varias veces. Llamé a muchos de ellos, y al

decirme en todos los domicilios que mis compañeros habían desaparecido, decidí venir a Washington a informarlo; Fue en ese espacio de tiempo cuando fueron hallando los cadáveres.

—¿A usted no le amenazaron?

—No. Según parece, me necesitan.

—Volvamos a los dos sujetos de las barbas: ¿está seguro de que no eran asiáticos?

—Eran norteamericanos, estoy seguro.

—Pero no podría identificarlos.

—Me temo que no. Yo no soy espía, pero pude darme cuenta de que sus barbas eran postizas… Quizás ustedes podrían identificar a esos hombres si los viesen la segunda vez sin barbas, pero para mí, esa hazaña es imposible. La único que puedo decirles, insisto una vez más, es que eran norteamericanos.

—Ahora volvamos de nuevo a sus tres compañeros asesinados. ¿Se le ocurre alguna razón por la que los escogieron a ellos como… ejemplo de lo que podría sucederles a los demás si no son pagados esos cinco millones de dólares?

—No —suspiró Klondike—. No se me ocurre. Lo único que se me ocurre, aunque a ustedes quizá les parezca cruel, es que, por fortuna, no fui yo uno de los elegidos.

—Eso es muy humano —admitió otro agente de la CIA—. No nos parece cruel, teniente, en modo alguno. Otra pregunta: hacía más de dos meses que ustedes habían regresado. ¿Cierto?

—Sí.

—Durante esos dos meses…, ¿ocurrió algo especial que usted pueda recordar?

—Nada que yo pueda recordar —Brian Klondike se pasó una mano por la frente—. Al llegar a nuestros domicilios, cada uno de nosotros envió a los demás una tarjeta postal en la que sólo habíamos escrito «Home, Sweet Home», y luego, al menos por mi parte, no insistí en otra clase de contactos. Ignoro lo que hicieron los demás.

—En verdad, debía ser estupendo poder enviar esas tarjetas con la inscripción «Hogar, Dulce Hogar» —sonrió el agente secreto—. Y ninguna frase más acertada. ¿Ha estado usted antes en Hong Kong, teniente?

—Nunca.

—Pero tiene que entregar el dinero allí.

—Ya he dicho cien veces que sí.

—Perdone. Pero nuestra intención!…

Brigitte dejó de mirar a Brian Klondike, que iba mostrándose más y más agotado por segundos, y miró a Cavanagh con el ceño fruncido.

—Que lo dejen en paz —murmuró—. Ese hombre necesita descansar. Y no es ningún enemigo, sino uno de nuestros soldados, un hombre que ha pasado dos años y medio de su vida en un asqueroso barracón asiático para prisioneros. Por el amor de Dios, ¿qué es lo que pretenden ustedes?

Cavanagh asintió con la cabeza, sonriendo levemente, sin duda porque había estado esperando aquella reacción por parte de la divina espía. Sin decir palabra, salió del cuarto, y segundos después aparecía en el otro. Brigitte tenía la mirada fija en Klondike de nuevo, y le vio abatirse, como derrotado, temiendo sin duda que con la presencia del jefe del Grupo de Acción las cosas todavía se pondrían más duras, más pesadas… Y sonrió cuando Klondike lanzó una exclamación de alivio al oír a Cavanagh:

—Basta por hoy, señores. El teniente necesita descansar.

—Gracias, señor —murmuró Klondike—. Lo necesito de veras, se lo juro.

—Tiene que perdonarnos, teniente —sonrió Cavanagh, con su más amable gesto—. Y comprender que debemos saber todos los detalles, precisamente porque lo que a usted puede parecerle un dato sin importancia, a nosotros puede significarnos una pista.

—Lo entiendo… Lo entiendo, señor. Pero estoy hecho pedazos.

—Descanse. ¿O quiere cenar algo?

—Si me dejan dormir, me sentará mejor que un pato asado en Navidad, señor —sonrió Klondike.

—Espero que el pato, esté a su gusto —sonrió Cavanagh.

Hizo una seña y los cinco agentes secretos abandonaron el cuarto; haciéndolo él en último lugar. Cuando la puerta se hubo cerrado, Klondike lanzó un profundo suspiro, se puso en pie y fue hacia el sofá; se dejó caer en éste a todo lo largo y, segundos después, Brigitte supo que Brian Klondike estaba dormido.

—Felices sueños, soldado —murmuró.

* * *

—Teniente… ¡Teniente!

Brian Klondike respingó, abriendo los ojos, y se puso en pie de un salto, lívido, cuadrándose militarmente,… Al mismo tiempo veía ante él al asombrado agente de la CIA que le había despertado, y se relajó de pronto, con un estremecimiento.

En el otro cuarto, Brigitte se volvió hacia Cavanagh.

—¿Se ha dado cuenta, señor? —musitó.

—Sí —asintió sombríamente Cavanagh.

—Ha despertado creyendo que aún estaba en aquel barracón de Vietnam: sobresaltado, asustado, temeroso… Debe haber sido horrible.

Cavanagh no contestó, y ambos se dedicaron a mirar a Klondike y al agente de la CIA, que le tendía un sobre.

—Nos hemos ocupado de su pasaje, teniente. Un coche le llevará al aeropuerto, donde tomará un avión hasta Los Angeles. De allí puede regresar a San Diego a su gusto. Una vez en San Diego, instálese en su apartamento y espere esa llamada telefónica o cualquier clase de contacto con los dos hombres barbudos.

—Sí… Está bien. ¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana.

—¿De veras? Me parece como si me hubiese dormido hace un par de minutos tan solo.

—Pues no —sonrió el de la CIA—. Es de día, luce un sol agradable de primavera… y su avión sale a las nueve quince.

—Entiendo. ¿Qué les digo a los barbudos?

—Que tendrán su dinero. Cuando le digan que salga para Hong Kong a entregarlo, llame usted al número telefónico que encontrará apuntado dentro del sobre, y allá se lo solucionarán todo: dinero, pasaje inmediato, instrucciones… Todo.

—¿Voy a viajar con cinco millones de dólares? —respingó Klondike.

—No, puede decir a sus «amigos» que recibirá usted el dinero en Hong Kong. Es de esperar que lo comprendan.

—Ojalá sea así. Bien… Vaya, me gustaría afeitarme…

—Lo hará en el coche. ¿Vamos?

Salieron los dos del cuarto, y lentamente, en el otro, míster

Cavanagh colocó el cuadro en su sitio.

—Su avión militar está listo, Brigitte —dijo—. Vuelo directo a San Diego. ¿Necesita algo más?

Brigitte Montfort sonrió, alzando su maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—Tengo mi maletín, han colocado el resto de mi equipaje en el avión, hace un hermoso día de primavera… No. No necesito nada más, señor. ¿Le gustaría que le trajese algún *souvenir* de Hong Kong?

Míster Cavanagh puso una mano en un hombro de Brigitte.

—Regrese —musitó—. Ese es siempre el mejor *souvenir* de cualquier parte.

Baby besó en ambas mejillas al hombre que, si en la actualidad era su jefe, lo debía a que años atrás la bella muchachita de los ojos azules le había salvado la vida en Buenos Aires.

—Yo siempre regreso, Simón —sonrió la divina.

Capítulo III

El teniente Brian Klondike regresó a su apartamento en San Diego, California, poco después de las siete de la tarde. Había llegado a Los Angeles a las diecisiete cuarenta; a las dieciocho había tomado otro avión, que había llegado a San Diego a las dieciocho cuarenta y cinco. En el aeropuerto había tomado un taxi, y exactamente a las diecinueve y veintidós minutos introducía el llavín en la cerradura de la puerta de su apartamento.

Un apartamento pequeño, muy masculinamente descuidado, pero agradable. Podía ver el mar desde el ventanal del saloncito. Y allí se quedó unos minutos, mientras consumía un cigarrillo. Luego, con gesto de fatiga, fue al dormitorio, se desnudó, y entró en el cuarto de baño, donde el agua caliente fue relajando sus músculos, aliviando su tensión y su fatiga.

A las veinte horas en punto, Brian Klondike, envuelto en su albornoz color *whisky*, se dejaba caer en un sillón del saloncito, junto al teléfono, con una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra.

Le dejaron terminar el café, pero todavía tenía a medias el cigarrillo cuando sonó el teléfono. Miró sobresaltado el aparato, esperó que sonase dos veces más y atendió la llamada.

—¿Sí? —musitó.

—Buenas noches, teniente Klondike; le hemos visto regresar y esperamos que esté lo bastante descansado para atendernos.

—Desde luego.

—Perfecto. ¿Lo ha conseguido?

—Sí. El Gobierno de los Estados Unidos está dispuesto a pagar ese dinero.

—Más perfecto todavía. ¿Cómo?

—Son ustedes los que han de decir cómo, cuándo y dónde.

—Ya le dijimos que en Hong Kong. El cuándo y el cómo lo

decidiremos ahora. ¿Le han dado en Washington alguna instrucción… especial?

—Solamente una: impedir que a esos treinta y ocho hombres les ocurra algo.

—Bondadoso y paternal Gobierno… ¿Cuándo puede usted salir hacia Hong Kong?

—Cuando ustedes quieran. Me han facilitado un número telefónico, al que debo llamar para que me pongan en ruta hacia allá con todas las facilidades. En Hong Kong me entregarán el dinero, y ustedes dirán cuándo y cómo lo quieren.

—Eso se lo diremos en Hong Kong. Ahora escuche atentamente… Va usted a llamar a ése número y les dirá que tiene que tomar el avión cuanto antes; a ser posible mañana por la mañana. Que sus amigos lo arreglen todo. Dentro de quince minutos nosotros volveremos a llamar, y queremos saber lo siguiente: el vuelo que va a tomar usted, su fecha y hora de llegada al aeropuerto de Hong Kong, y el hotel en el cual esperamos que le reserven a usted alojamiento allá. Esperamos que podrá usted facilitarnos todos esos datos.

—Llamen dentro de quince minutos.

—Okay, teniente. Hasta luego, entonces.

* * *

Exactamente quince minutos más tarde, el teléfono volvió a sonar.

—¿Sí? —inquirió Klondike.

—¿Tiene esos datos, teniente?

—Desde luego. Saldré mañana a las nueve cuarenta y cinco hacia las Hawai. Escala y noche en Honolulú. Salida de Honolulú pasado mañana a las ocho y veinte. Llegada a Hong Kong a las veintiuna horas. Alojamiento reservado: *suite* 224 del Hong Kong Imperial Hotel, en Victoria Avenue. ¡Ah! Salgo de Los Angeles, vuelo 114.

—Feliz viaje, teniente.

Los señores pasajeros del vuelo 114 con destino en Honolulú, Hawai, comenzaron a recibir instrucciones para tomar su avión por medio de los altavoces del Los Angeles International Airport, y al oír el número del vuelo, Brian Klondike terminó rápidamente su

café, aplastó el cigarrillo en uno de los ceniceros del mostrador y retiró de éste su maletín de viaje.

Doce minutos más tarde se hallaba instalado en el poderoso reactor, ocupando uno de los asientos de primera clase, junto a la ventanilla. Quedó absorto, y no salió de su abstracción hasta que recibieron la indicación de abrocharse los cinturones y no fumar. Obedeció, cerró los ojos y se relajó, sin prestar atención a nada ni a nadie…

No volvió a abrir los ojos hasta que en el avión se oyó la autorización para desabrocharse los cinturones y fumar si así lo deseaban. Lo deseaba. Encendió un cigarrillo y volvió la cabeza hacia la ventanilla, para contemplar el mar mientras por el confortable aparato se expandían las explicaciones de rigor respecto al vuelo: altitud, horario, velocidad, servicios que podían disfrutar…

Abajo, el mar.

Como sin límites hacia el Oeste, azul, refulgente, con pequeñas crestas de blanca espuma. El mar…

El teniente de Marines Brian D. Klondike lo contemplaba con avidez… y con temor al mismo tiempo. Siempre había amado el mar. El día que lo llevaron a un transporte que partió rumbo a Asia, se había sentido feliz porque tenía por delante días y días de mar. Y todo había ido bien mientras estuvo en el mar. Pero luego… Luego, llegaron a Vietnam. A Saigón. Y de allí…

Klondike se estremeció. Sabía que estaba pálido, y sentía un intenso frío interior ante los recuerdos de lo sufrido en aquel campo de prisioneros. Las imágenes se agolpaban en su mente, como visiones de pesadilla, de horror. Las voces de mando que al principio no entendía, el hambre, los golpes, los trabajos forzados hasta el punto de que en muchas ocasiones había estado tentado de dejarse caer al suelo para que los soldados vietnamitas lo matasen y terminar así de una vez con aquella vida que no valía nada, nada, nada…

Notó el contacto en su brazo izquierdo, y dejó de mirar el mar, volviendo la cabeza hacia su vecino de asiento, al que no había prestado la menor atención hasta entonces.

—Perdón —sonrió su vecina de asiento.

Brian D. Klondike quedó estupefacto ante tantísima belleza. Al

volver la cabeza, el rostro de la muchacha había quedado muy cerca del suyo, pues ella se inclinaba mucho hacia él, y de ahí el contacto de su busto con el brazo de Klondike, que se quedó sin saber qué decir durante unos segundos, contemplando aquellas facciones bellísimas, los lacios cabellos rubios, la, boquita sonrosada, los enormes ojos verdes…

—No es nada —acertó a murmurar por fin Brian.

La muchacha sonrió un tanto cohibida, y las estremecedoras imágenes de los meses pasados en Vietnam desaparecieron definitivamente de la mente de Brian Klondike.

—Es que miraba el mar —siguió disculpándose ella—. Es tan hermoso visto desde arriba, tan grande… Pedí asiento junto a la ventanilla, pero ya estaban todos ocupados…

Brian parpadeó. Estaba fascinado, de modo que las ideas todavía tardaron un poco en seguir los cauces normales… Porque hacía falta ser tonto para no captar la discretísima y tímida sugerencia de la rubia muchacha.

—¡Oh…! Emm… Bueno, señorita, me sentiré muy complacido si acepta usted cambiar de asiento —murmuró Klondike.

—No, no… De ninguna manera; es su asiento, señor.

—Sí, claro… Bueno, pero podemos… ir turnándonos —el teniente Klondike se encontró sonriendo—. Me parece que vamos a tener suficiente mar para los dos durante el viaje.

—No quisiera que…

—Por favor —insistió Klondike a la educada rubita—. Le aseguro que me sentiré feliz cediéndole mi asiento.

—Bueno… No sé. Quizá le parezca un tanto egoísta, pero me gusta tanto el mar… Muchas gracias, señor…

—Klondike. Brian Klondike… Permítame.

Se puso en pie, salió al pasillo, y esperó a que la muchacha ocupara su asiento junto a la ventanilla, para ocupar entonces el de ella, que sonreía agradecida, presentándose:

—Lili Connors —dijo—. Es usted muy amable, señor Klondike.

—No tiene importancia. Y, por favor, olvídese de mí y mire el mar, saldrá ganando con el cambio.

Sonrieron los dos, y Lili Connors se dedicó a mirar el mar durante unos minutos. Por fin, suspiró, y se volvió hacía Klondike.

—No me cansaría nunca de mirarlo —aseguró—. Y no sé por

qué, la verdad. Al fin y al cabo, sólo es agua.

—Bueno —sonrió Klondike—. Sí, es sólo agua, pero… muy hermosa. Y poderosa. Da una sensación de fuerza y de amistad al mismo tiempo. Supongo que le parecerá raro esto, pero así lo siento… Quizá por eso que dicen de que la vida comenzó en el mar, y, de un modo u otro, todos procedemos de él. En lo que a mí concierne, no me importaría ser un pez…, aunque fuese un tiburón —acabó riendo—. La sorprendo, sin duda, señorita Connors.

Lili Connors, que lo miraba con los ojos muy abiertos, asombrada, exclamó de pronto:

—¡Pero si eso mismo es lo que siento yo, señor Klondike!

—¿De veras? —se sorprendió gratamente Brian.

—Sí, sí, sí… ¡Oh!, pero no me gustaría ser un tiburón, francamente.

—¿Qué le gustaría ser?

—Pues… una sirena, claro.

Brian D. Klondike volvió a reír, completamente olvidado de que en cierto lugar del mundo había un barracón para prisioneros norteamericanos.

Y así se inició el más formidable, amable, divertido, dulce, encantador viaje que el teniente Klondike había emprendido en su vida.

* * *

Al terminar el viaje, Brian D. Klondike se sintió, de pronto, tremendamente desdichado; ya no reía. El avión había tomado tierra en una de las pistas del Honolulú International Airport, se había detenido ya definitivamente y los pasajeros comenzaron a desabrocharse los cinturones.

Klondike comenzó a hacerlo con gesto sombrío, hosco, mirando a la deliciosa, encantadora rubita de ojos verdes, que hacía lo mismo.

—Bien… —musitó—. Fin de viaje, Lili.

—Hemos llegado sanos y salvos —sonrió ella—. ¡Y no han secuestrado nuestro avión esos piratas del aire!

Klondike sonrió, por pura cortesía.

—Casi habría sido mejor… Para mí, al menos. Porque si

hubiesen secuestrado el avión, seguiríamos juntos.

—Oh… Bueno, es muy amable, Brian, Yo… —sus párpados se abatieron un instante—. La verdad es que también a mí me gustaría que volviésemos a vernos, pero tengo que seguir mi ruta, porque…

—¿Seguir su ruta? —respiró Klondike—. ¡Creí que iba a quedarse en Honolulú!

—No, no. Me gustaría, pero debo estar mañana en Hong Kong, me están…

—¡Va a Hong Kong! —aulló Brian, atrayendo la sonriente atención de los demás pasajeros, que ya desfilaban por el pasillo—. ¡A Hong Kong!

—Pues sí —parpadeó ella;—. ¿Por qué se sorprende tanto?

—¡Yo también voy a Hong Kong! Espere, espere… ¿A qué hora sale usted para Hong Kong?

—Me parece que a las ocho y media. Tengo el pasaje…

—¡A las ocho y veinte! —Klondike parecía dispuesto a dar saltos de alegría—. ¡Su avión sale a las ocho y veinte y llegará a Hong Kong a las veintiuna horas! ¡Y no me diga que no es ése su vuelo!

—Sí… Sí, sí, ése es… ¿Cómo lo sabe?

—¡Es mi mismo vuelo! ¡Esto es maravilloso!

—Escribiré una nota a la dirección de la compañía aérea diciéndoles que sus horarios de vuelo son maravillosos —rió Lili—. ¿Le parece bien?

—Yo también lo haré —rió a su vez Klondike—. Pero…, ¡es increíble, nunca había tenido tanta suerte…!

—Me da la impresión, Brian, de que está dando usted demasiada importancia a una simple coincidencia de itinerarios… Con toda seguridad, no debemos ser los únicos pasajeros que mañana seguiremos hacia Hong Kong.

—No, claro, pero… Un momento: ¿la espera alguien en Honolulú?

—Nadie. Buscaré un hotel que…

—¡Lo buscaremos juntos! Es decir… —vaciló—. Bueno, quizá me estoy haciendo demasiadas ilusiones al pensar que no le disgustaría pasar la noche en mi compañía… Qui… quiero decir… No, no, no he querido decir eso… Lo… lo que quiero decir!…

—Asombroso —rió ella—. ¿Se está turbando, Brian?

—Es que lo que he dicho… Pero quería decir…

—Vamos a ver si lo he entendido: usted quiere que busquemos un agradable hotel para pasar la noche. Naturalmente, usted ocupará una habitación y yo otra. Pero hasta que llegue el momento de retirarnos a dormir, podemos cenar juntos, ir a tomar unas copas, o mejor, uno de esos refrescos que sirven, en piñas vaciadas, quizá, bailar o ir a algún sitio a divertirnos… Me gustaría ver una de esas fiestas hawaianas en las que se baila a la luz de la luna. Sí… No es mala idea, francamente;

—Entonces… ¿Acepta?—preguntó incrédulo Klondike.

—Claro que sí. No tenemos por qué aburrirnos durante un viaje tan pesado. Además —Lili Connors sonrió dulcemente—, tengo la impresión de que usted es un hombre que se merece eso… y más, Brian. Bien: ¿qué tal si salimos del avión? ¡Nos hemos quedado solos aquí dentro!

—Quisiera… ¡Quisiera que este viaje no terminase nunca, Lili!

—A decir verdad —murmuró ella—, a mí también empieza a gustarme.

* * *

Pero fatalmente a juicio de Brian Klondike el viaje, tenía que terminar, y así sucedió.

El día siguiente, a las veintiuna horas, el avión que habían tomado por la mañana en Honolulú aterrizaba en Kailak Airport, tras enfilar la larga pista que se adentraba en la bahía de Hong Kong.

Poco después, mientras Lili Connors, esperaba para recoger su equipaje acompañada de Brian Klondike, éste murmuró:

—Entonces, estarás en el Victoria Hotel…

—Sí.

—Bien… Ya sabes que yo estoy en el Hong Kong Imperial Hotel…

—Lo sé —sonrió ella—. Pero, Brian, si no te importa, esta noche quisiera descansar. Anoche fue… maravilloso. Gracias por todas tus gentilezas.

—Parece que nos estemos despidiendo…

—Supongo que tú estarás muy ocupado, eso es todo.

—Sí… Bien, pero te llamaré. Quizá tarde un par de días, pero te

llamaré. ¿Estarás aún aquí?

—Espero permanecer en Hong Kong no menos de una semana.

—Bien… Me gustaría llamarte mañana mismo, pero no sé si podré…

—Te comprendo. Yo también tengo cosas que hacer. Vamos, no pongas esa cara: sabemos muy bien dónde encontrarnos el uno al otro… ¡Oh!, ahí llega mi equipaje.

Señaló sus dos maletas, y Brian las retiró de la cinta transportadora, mientras ella, sujetando con ambas manitas su maletín rojo con florecillas azules estampadas, miraba como distraída alrededor… Su mirada pasó, inexpresiva, por los ojos de dos hombres altos, sin duda alguna norteamericanos, que esperaban fuera del departamento de equipajes, ante el gran cristal de separación. No hubo cambio alguno en la expresión de Lili Connors, ni en la de los dos hombres. Pero, segundos después, uno de éstos se volvía hacia un mozo chino, que esperaba con su carretilla para equipajes, parpadeó, y luego volvió a mirar a Lili Connors. Inmediatamente, el chino se movilizó hacia la bella rubita, inescrutable el rostro.

Llegó junto a ella cuando Lili se negaba a aceptar que Brian Klondike se molestase más por ella…

—¿Servicio, señorita? —se ofreció el chino.

—Sí, gracias. Esas dos —señaló sus maletas—. ¿Lo ves? Ya está solucionado. Ahora tomaré un taxi, y ya está. Adiós, Brian.

—Adiós… Te llamaré en cuanto pueda…

Lili Connors sonrió, besó dulcemente a Klondike en los labios, y se volvió hacia el chino, que se había alejado un poco y la esperaba.

Salieron los dos, sin que la señorita Connors se dignase mirar a los dos tipos altos y fuertes que habían hecho la seña al mozo chino, el cual trotaba empujando su carretilla… Apenas salieron del edificio, un taxi se acercó con atrevida maniobra, y paró delante de ambos, sin que el conductor, de raza blanca, se inmutase lo más mínimo ante las torvas miradas de los conductores chinos a los que se había adelantado antirreglamentariamente. El mozo colocó el equipaje atrás, recibió sin inmutarse la espléndida propina, y el taxista, tras cerrar la portezuela que había sostenido para la señorita Connors, pasó al volante.

—Victoria Hotel —indicó Lili.

—Ninguna victoria mejor que conocerla por fin —dijo el taxista —. ¿Cómo ha ido el viaje?

—¿Cuál viaje?

—El suyo: Washington-Moscú-Terranova-El Cairo.

—Correcto —rió Lili—. Es una contraseña divertida, Simón. Espero que tanto usted cómo Simón II y Simón III conozcan Hong Kong lo bastante bien para que no los despisten.

—Considere desde ahora mismo que a donde vaya Brian Klondike irán Simón II y Simón III—aseguró el espía—. ¿Alguna novedad durante el viaje?

—No. Klondike no ha tenido contacto de ninguna clase. Es de suponer que le darán instrucciones a partir del momento en que llegue al hotel. Y si sale o le visitan…

—No se preocupe. Mientras él no tenga el dinero, podemos estar tranquilos; Y a propósito: tenemos los cinco millones de dólares esperando… ¿Cuándo se los entregamos?

—Yo diré cuándo —susurró Baby—. De todos modos, en cuanto Klondike haya llegado a su hotel, llámenlo por teléfono, y díganle a qué número tiene que llamar para pedir el dinero cuando, se lo exijan a él.

—Eso ya está previsto… Tengo un mensaje para usted. De la Central… Llegó hace solamente tres horas.

—Lo esperaba. ¿Qué dice el mensaje?

—Usted sabrá —Simón I sacó un sobre y lo tendió por encima del hombro—: está en una clave qué desconozco.

Baby tomó el sobre, y sacó el papel doblado que contenía. El mensaje, extraño y simple a primera vista, debía contener algo sumamente desagradable, porque la espía internacional palideció y se mordió los labios. Decía:

LAS VOCES DE LAS AVES HAN SIDO IDENTIFICADAS EN LO ALTO DE LOS ÁRBOLES QUE SOSTIENEN LA EXÓTICA CABAÑA.

Simón, que había estado espiando por el espejo retrovisor la reacción de Baby, frunció el ceño.

—¿Malas noticias? —preguntó.

—Pésimas.

—Lo siento. ¿Puedo conocerlas?

—No… Mejor que no, Simón.

—¿No confía en mí?

—Eso es una tontería —murmuró Baby—. Confío en usted completamente. Y lo estimo, como a todos mis Simones. Por eso, precisamente por eso, no quiero… sobrecogerlo explicándole lo que realmente dice esté mensaje.

—Me lo advirtieron —refunfuñó Simón—. Me lo dijeron bien claramente: nunca sabrás lo que ella piensa, hace, o pretende hacer; pero sea lo que fuere, obedécela. Pues muy bien: soy su esclavo.

—Esclavo —sonrió a medias Baby—, a toda prisa al Victoria Hotel, tu ama necesita descansar…

Capítulo IV

Fue un descanso perfecto.

Entre unas cosas y otras, la señorita Connors se durmió alrededor de las once de la noche, en su estupenda *suite* del Victoria Hotel. Hora quizás un tanto tardía, pero que quedó compensada sobradamente, ya que hacia las siete de la mañana, despertó por sí sola, sin molestias y sin interrupciones de ninguna clase.

—Pasmoso… —se dijo la divina rubia—. Absolutamente pasmoso.

Luego, se duchó con agua fría, sin un solo respingo, como si fuese lo más natural del mundo. A las ocho, estaba lista, fresca como una flor, dispuesta a todo. Pero, en vista de que los acontecimientos no podían ser más aburridos, decidió que lo único que sensatamente podía hacer, era desayunar.

Desayuno: dos tomates crudos, un yogur sin azúcar y café. El camarero chino que sirvió tan fantástico ágape la miraba como si jamás en su vida hubiese visto nada igual. Es decir, la verdad: jamás en su vida había presenciado desayuno semejante.

A las nueve de la mañana, la señorita Connors, todavía en ropa íntima, encendía un cigarrillo en la terraza de su *suite* con vistas a la Bahía de Hong Kong. Y mientras fumaba, cientos de recuerdos acudían a su memoria. Muchos recuerdos. Pero los más escalofriantes parecían tener más fuerza que los demás, era como si resplandeciesen, cegando otros insignificantes momentos…

—Más vale no recordar nada —decidió.

Y puesto que tenía una fuerza de voluntad admirable, lo consiguió. Se tumbó en la terraza, y se quedó mirando la bahía mientras fumaba apaciblemente.

—Así debería ser siempre la vida —reflexionó—: un hermoso lugar cerca del mar, paz, cientos de buenos pensamientos, el sol, no ambicionar nada…

Casi se echó a reír. De las personas que conocía, habían muy pocas que se hubiesen conformado con tan «poco». Porque para la mayoría de la gente, el sol, el mar, la paz, los buenos pensamientos y un cigarrillo son bien poca cosa. Hace falta más: poder, dinero, la admiración ajena…

—Están locos. ¿Qué es lo que realmente esperan que les proporcione el dinero y el poder? Yo tengo tanto dinero que jamás podré gastarlo, aunque me dedicase a las más locas extravagancias. ¿Poder? Bueno, tengo quizá tanto como el propio presidente de los Estados Unidos; a una sola palabra mía, la CIA quedaría a mi disposición, estoy segura. En cuanto a la admiración ajena, es la tontería más grande del mundo. Por mucho dinero que yo tenga, por mucho poder, por mucha admiración de los demás, nada cambiaría si hoy, en lugar de lucir un magnífico sol, estuviese lloviendo, o simplemente el cielo estuviese encapotado, o… hubiese un tifón en Hong Kong… En cambio, con un cigarrillo, el mar azul y el sol, me siento desorbitadamente feliz. No necesito más. Es decir…

Su ceño se frunció.

Sus pensamientos fueron hacia el mensaje que le había entregado Simón I en el taxi, diciendo que lo habían recibido en Hong Kong hacía unas tres horas. Pésimas noticias.

Sí, en verdad eran pésimas noticias. Tan pésimas que la hacían dudar respecto a todo.

—Si yo quisiera —se dijo—, podría terminar este asunto en menos de media hora. Pero…, ¿es tan simple como parece? Cinco millones de dólares a cambio de…

El timbre de la puerta del apartamento llegó a los finos oídos de la divina espía, que se puso en pie, recogió en el dormitorio la pistolita de cachas de madreperla, la deslizó en su despampanante escote, y fue a abrir.

En el pasillo, había un hombre, que se disponía a llamar otra vez. Al verla, sonrió, pero atragantándose.

—¿Señorita Connors? —susurró.

La señorita Connors sonrió. Quizá porque reconoció en el turbado personaje a uno de los dos hombres que habían estado esperando en Kailak Airport la llegada de ella misma y de Brian Klondike.

—Pase, Simón —invitó amablemente.

El agente de la CIA, entró; mirando a todos lados. Apenas ella hubo cerrado la puerta, comenzó a dar una explicación que amplió la sonrisa de la espía internacional:

—Señorita Connors, sabemos que es usted norteamericana, y como sin duda sabe, existen organizaciones en nuestro país que velan siempre por la seguridad en todos los aspectos de los ciudadanos de Estados Unidos; En este caso, consideramos que un seguro de…

—No —rió ella—. ¡Seguros no, Simón!

—Bu… bueno, yo…

—Tranquilícese: no hay un solo micrófono en esta *suite*. Por lo tanto, podemos conversar con toda tranquilidad. Venga a la terraza; le invitó a tomar el sol, a ver la bahía de Hong Kong, y a fumar un cigarrillo americano.

—Mi madre… ¡Acepto encantado!.

Riendo, Lili Connors lo llevó a la terraza, le señaló una de las sillas extensibles de lona y aluminio, y ella ocupó otra, señalando los cigarrillos qué había dejado sobre la mesita de cristal. El agente de la CIA encendió uno, la miró, y sonrió astutamente.

—Lo conseguí —dijo.

—¿Qué…? ¿Qué ha conseguido usted?

—Estar en la intimidad con Baby.

—Bueno —rió ella—, le felicito. Pero me parece que no ha venido usted a eso, ¿verdad?

—No.

—Hace un hermoso día. Dígame la verdad, Simón; ¿qué prefiere usted, cinco millones de dólares o poder disfrutar de un hermoso día?

—Pues…

—¡Oh, no! ¡No me diga que prefiere el dinero!

—Esto… Ejem… No, no, claro…

—Yo creo que sí.

—Es que… Mire, por aquí suele hacer buen tiempo con mucha frecuencia. En cambio, tener cinco millones de dólares no creo que esté a mi alcance tan fácilmente como un día de sol.

—¡Ah, la vida! —se decepcionó la divinísima espía—: Todo es triste y sombrío cuando se menciona el dinero. Me acuerdo, de…

¿Usted tiene buenos amigos, Simón?

—No lo sé. Creo que no.

—Eso es lo lamentable de la vida. Yo creía que sí tenía buenos amigos, hasta el día en que tuve que ir al médico…

—¿Usted? —rió Simón.

—Sí, sí… Yo. En realidad, no era nada, pero… Bueno, yo tenía un amigo médico, y como sentía unas pequeñas molestias…

—¿Dónde?

—Pues en… ¡Oh, vamos!; no sea impertinente. Bien, fui a ver a ese médico «amigo» mío, y le dije lo que me ocurría. Me escuchó muy seriamente, desde luego. Después, me examinó a conciencia, y finalmente, me dijo que no era nada… importante. Me puse muy contenta, como es natural, y me despedí. Al salir de su consultorio, la enfermera estaba allí, esperándome, y me dijo que la visita eran doscientos dólares…

—Caracoles… ¡Debía ser un médico muy bueno!

—Psé… El caso es que le dije a la enfermera que eso debía ser una broma, que yo era Fulanita de Tal, amiga del doctor, y que eso de cobrarme era una quimera. La enfermera se quedó mirándome como si yo fuese un bicho raro y bastante despreciable, y llamó por el intercomunicador, a mi amigo el médico. Dijo: «La señorita Fulanita de Tal dice que es amiga de usted, y que eso de los doscientos dólares le parece una broma, doctor…».

—No diga más —alzó las manos el espía—. Apuesto a que su amigo el médico dijo que claro que era una broma, y usted se fue sin pagar un centavo.

—Esa es la diferencia entre vivir y no vivir —sonrió cansadamente Lili Connors—, se aprenden muchas cosas, Simón. No… No fue eso lo que dijo mi amigo médico, no… Dijo: «Claro que no, Lucy. La señorita Fulanita de Tal no tiene que pagar doscientos dólares: cóbrele solamente ciento cincuenta…»

—¡No! —exclamó el espía.

—Sí… Ya ve. Era una amistad valorada en una rebaja de cincuenta dólares.

—Eso no es una amistad, es una porquería.

—Lo mismo que dije yo. Desde entonces, ya no tengo un amigo médico… Y no por los cincuenta dólares ya que le envié un cheque por doscientos y otro por cinco mil, para que cambiase de

enfermera, porque aquélla era muy fea… ¿Ha ocurrido algo ésta noche?

—¿Eh?

—Que si ha ocurrido algo esta noche.

El espía siguió el nuevo giro de la conversación tras parpadear.

—Sí —dijo—, ha ocurrido algo… Llamaron a Klondike.

—Ah. ¿Tan pronto? Bien… ¿Tenemos alguna idea de quién lo llamó?

—Una mujer.

—¿De veras? —sonrió secamente Baby—. ¿A que va a resultar que Brian Klondike me es infiel?

—¡No me diga que se ha enamorado de él! —exclamó Simón.

—¿Le parece imposible?

—Las noticias vuelan —susurró Simón—…No creo que haya un solo Simón en el mundo que ignore a quién ama usted, Baby. Sin embargo, besó a Klondike; yo lo vi.

—Hay besos y besos, Simón. Del mismo modo que besé a Klondike podría haber besado a una piedra. Un beso no es nada en sí, y lo es todo cuando tras él hay verdaderos sentimientos… ¿A quién se dice en nuestro mundillo particular que ama Baby?

—A Número Uno. Ya sabemos todos que no murió. Y ha sido la mejor noticia que hemos recibido en mucho tiempo.

Ahora le tocó el turno a Brigitte de parpadear.

—¿Qué le dijo esa mujer a Klondike?

—Puede escucharlo usted misma, si lo desea.

—Desde luego.

Simón sacó de un bolsillo interior un pequeño magnetófono, y lo puso en marcha demostrando claramente que ya lo llevaba preparado para la audición, porque apenas dos segundos más tarde se oía el timbre de un teléfono, y, muy poco después, la voz de Brian Klondike:

«—¿Sí?

»—¿Señor Klondike? —se oyó la voz femenina.

»—Sí, sí.

»—Celebramos mucho que haya llegado sin novedad, pero le esperábamos solo.

»—He venido solo… ¿Qué quiere decir?

»—¿Quién era la mujer del aeropuerto?

»—Oh, una compañera de viaje… No tiene nada que ver con todo esto. De todos modos, ustedes no deberían sorprenderse de que no esté solo en Hong Kong, ya que lógicamente la compañía AIC no puede aceptar las cosas sin intentar al menos ejercer un control sobre ellas.

»—Ya. Eso está previsto, señor Klondike. Bien: ¿le han entregado ya el género?

»—No. Pero apenas llegar al hotel, uno de los representantes de la AIC me llamó, facilitándome un número telefónico de Hong Kong, al cual debo llamar cuando precise el género.

»—Pues ya lo precisa usted, señor Klondike. Hemos pensado que un buen momento para la entrega sería mañana por la noche. ¿Le parece bien?

»—A mí me es indiferente. ¿Dónde y a qué hora?

»—Salga mañana a las siete y media de la tarde de su hotel, y diríjase al muelle de Aberdeen. Pasee por él hasta que alguien le entregue una nota. Luego, siga al pie de la letra las instrucciones qué contenga esa nota. ¿Lo ha entendido?

»—Naturalmente. Entiendo que debo llevar, ya el género, ¿no es así?

»—Por supuesto. En una maleta o algo parecido… que sea impermeable. Y que esté cerrada herméticamente.

»—Muy bien. ¿Algo más?

»—Por nuestra parte, no.

»—Por la mía, sí. ¿Tienen noticias de mis compañeros de trabajo?

»—Todos están muy bien, señor Klondike, no se preocupe por ellos. Oportunamente, podrán reunirse y celebrar el negocio. Adiós, señor Klondike.»

La cinta estuvo deslizándose en silencio apenas un par de segundos, pues Simón detuvo la marcha del aparato, diciendo:

—Naturalmente, la AIC somos nosotros: la CIA.

—Sí, es fácil de comprender. ¿Qué más?

—Inmediatamente después de esta conversación, Klondike llamó a nuestro número, y pidió el dinero, explicándonos a su manera esta conversación.

—Lo cual, lógicamente, tiene que estar calculado por esa gente, Simón, ¿no le parece?

—Supongo que sí. Además, Klondike ya ha dicho bien claramente que la CIA debe estar ejerciendo una vigilancia en torno a él y a lo que ocurra. Advertencia que esa gente no precisaba, desde luego.

—Y sin embargo, recurren a un procedimiento tan simple para recibir el dinero —reflexionó Baby—. Al menos, a mí me parece bastante simple. ¿Y a usted?

El espía encogió los hombros, dubitativo.

—No sé. En primer lugar, ellos deben comprender, que la CIA se encargará de la persona que le entregue la nota a Klondike. Eso es inevitable. Y luego, el hecho de que quieran el dinero en una maleta impermeable; y hermética, sugiere agua, ¿verdad? Pero, claro —añadió rápidamente—, puede ser un detalle para despistarnos.

La rubia señorita Connors movió negativamente la cabeza.

—Dudo mucho que esa gente, sea quien sea, tenga la menor pretensión de despistar a la CIA en un juego de cinco millones de dólares y treinta y ocho vidas humanas… Ellos saben que la CIA va a estar cerca en todo momento, y que no estaremos para bromas… Son cinco millones de dólares, Simón.

—No la entiendo a usted —murmuró el espía.

Lili Connors encendió otro cigarrillo, y durante más de dos minutos estuvo fumando pensativamente, fija la mirada en la azul bahía, como hipnotizada… O, mejor, como mirando hacia dentro, no hacia afuera. Por fin, asintió con la cabeza, y preguntó:

—¿Le han entregado el dinero ya a Klondike?

—No. Esperamos la autorización de usted.

—Entrégueselo a las siete de la tarde. Desde luego, en una maleta hermética e impermeable.

—¿Colocamos dentro un emisor de señales?.

—No.

—Usted manda. ¿Algo más?

—Sí. Díganle a Simón I que venga a recogerme con el taxi dentro de una hora. ¿Está reservada mi habitación en el Hong Kong Imperial?

—Por supuesto. Al nombre que nos indicaron.

—Magnífico. Eso es todo, Simón:

El agente de la CIA miraba a su ídolo como decepcionado. Visiblemente decepcionado.

—¿Eso es todo? ¿Está segura de que no tiene ningún comentario más que hacer, Baby?.

La divina lo miró sonriendo socarronamente.

—Si se refiere a la voz de esa mujer que ha llamado a Klondike, por supuesto que he notado que no es compatriota nuestra.

—Menos mal —sonrió también Simón—. Empezaba a temer que no se hubiese dado cuenta.

—Todavía no me he jubilado —rió Baby—. En cuanto a esa voz, pues… yo diría que corresponde a una mujer oriental. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente. Yo diría que es china. Quizá tailandesa; o quizá…

—¿Vietnamita?

—Podría ser. Al menos, eso dice Roger.

—¿Y quién es Roger?

—He querido decir «Simón» —palideció Simón—. Es nuestro experto en estas cosas. Me he permitido consultarle esta noche, mientras usted descansaba.

—Bien hecho. Avise a Simón I para que venga con el taxi, por favor.

—En seguida.

—Y llame a Klondike para decirle que a las siete recibirá el… género.

—Muy bien. ¿Estará usted a partir de ahora en el Hong Kong Imperial?

—Naturalmente.

* * *

Una hora después de que la señorita Lili Connors hubiese comunicado a la conserjería del Victoria Hotel que seguramente estaría ausente un par de días invitada por unos amigos, al Hong Kong Imperial llegaba una nueva cliente, en taxi.

Una cliente muy interesante.

Parecía tener alrededor de setenta años, sus cabellos eran blanquísimos, sus ojos azules, y vestía completamente de negro, muy seria y por supuesto sin escote o frivolidad de ninguna clase. Para caminar, se apoyaba con elegantísimo gesto en un bastón con

empuñadura de plata, mientras tras los cristales de sus lentes redondos, los ojos parecían perder el tono de cansancio momentáneamente vigilando su equipaje, que la precedía en manos de un botones de raza china.

No se podía tener un porte más aristocrático que el de…

—Oh, sí —dijo el conserje—. *Madame* Annette Simonet, Duquesa de Montpellier… Tenemos una reserva a nombre de usted, *madame*, *suite* 226.

—Espero —dijo un tanto despectivamente *Madame la Duchesse*— que en este hotel la gente sepa comportarse. En Tokio, tenía unos vecinos de habitación que eran sumamente molestos. ¿Hay niños junto a mí?

—No, *Madame* —sonrió el conserje—. La 224 la ocupa un hombre solo, el señor Klondike. La 228, un matrimonio holandés de edad adecuada para no molestar a nadie.

—En ese caso, me quedaré.

—Muy honrados, *Madame* —sonrió el conserje, divertido.

Con el gesto de quien, en efecto, considera que honra un lugar con su presencia, Annette Simonet, Duquesa de Montpellier, se fue tras el botones, con su pasito menudo y un tanto vacilante pese al bastón de empuñadura de plata, y llevando en todo momento, en la otra mano, su maletín forrado de negro.

Desde luego, no se distinguió por la generosidad de su propina al botones chino, que salió de la *suite* 226 pensando que quizás al hotel le diese prestigio una dama tan aristocrática, pero que a él no le beneficiaba en nada.

Apenas un minuto después de que *Madame* se hallase instalada en su alojamiento, sonó una llamada a la puerta, y ella abrió, sin cuidado alguno. En el umbral quedó visible Simón I, con su uniforme de taxista, y sosteniendo una maleta que parecía bastante pesada.

—Perdón, señora —murmuró—. Olvidamos esta maleta en el taxi.

—Oh, sí… ¡Joven, es usted muy descuidado!

—Lo siento, señora. ¿Dónde la dejo?

—Aquí mismo. Y tenga la bondad de retirarse, pues estoy muy cansada y no pienso atender a nadie… ¿No tienen en este hotel esos letreritos que…? ¡Ah!, aquí está. Bien, joven: ¿qué está esperando?

¿Más propina, quizá?

—No, no —sonrió el «taxista»—. Adiós, señora. A sus órdenes.

—¡Bah! —exclamó ella.

Colocó en la puerta el cartelito de «No molesten», cerró con gesto malhumorado…, y sonrió. Tomó la pesada maleta, alzándola; como si pesase menos que una cerilla, y, con paso sorprendentemente elástico y seguro, fue a dejarla sobre una mesita. La abrió, sacó un receptor portátil de televisión, y estiró la antena telescópica. Luego, sacó un larguísimo cordón, lo enchufó por un extremo al aparato, y, con el otro en una mano, se dirigió hacia la pared que separaba su *suite* de la 224, movió un cuadro, y asintió con la cabeza al ver allí el enchufe. Hizo la conexión, volvió ante el pequeño televisor, y lo encendió.

Casi inmediatamente, la pantalla se iluminó, mostrando una *suite* idéntica a la que ella ocupaba ahora, enfocada desde la ventana del dormitorio hasta la puerta que daba al pasillo, de modo que proporcionaba la imagen de las dos piezas: dormitorio y saloncito… Y allá, en el saloncito, tumbado en un sofá y fumando pensativamente, estaba el teniente Brian D. Klondike.

—Lo que yo digo siempre. —sonrió la interesante anciana—: o se hacen bien las cosas, o no se hacen.

Capítulo V

Cerca de la una del mediodía, el teniente Klondike bajó a almorzar, pero *Madame la Duchesse* no se movió de delante del aparato que tan aburrido programa de televisión estaba reflejando: el teniente Klondike fumando, el teniente Klondike paseando, el teniente Klondike leyendo…

A las dos y cuarto, el teniente Klondike regresó, y se dedicó a dormir la siesta…, mientras *Madame* permanecía siempre atentísima a la pantalla. Admirable su resistencia para el aburrimiento.

Hacia las cinco, el teniente Klondike despertó, se duchó y se puso un traje oscuro. Luego, tras mucho vacilar y mirar el teléfono, se decidió. Descolgó el auricular. Y su voz llegó con toda nitidez a oídos de Annette Simonet:

—Póngame con el Victoria Hotel, por favor.

Una sonrisita entre amable y dura apareció en los labios de *Madame*. Mientras tanto, al teniente Klondike le pusieron comunicación con el Victoria Hotel.

—Por favor —pidió—: quisiera hablar con la señorita Lili Connors. ¿Cómo…? Ah no, lo siento, no sé el número de su habitación… Sí, espero.

Una pausa…, que *Madame* aprovechó para encender un cigarrillo.

—Sí, sí, dígame… —de nuevo la voz de Klondike—. Ah… ¿No está? ¿Estará fuera dos días? Sí, entiendo, con unos amigos… Bien… ¿No ha dejado ningún recado para mí? Brian Klondike… ¿No? Está bien. No, no, no importa; la volveré a llamar dentro de dos días. Gracias.

Brian D. Klondike colgó, lentamente, sombría la expresión. Sombría y triste. Y hasta decepcionada, a juicio de *Madame*. Lo cual era muy lógico.

A las siete en punto, sonó la llamada a la puerta de la *suite* de

Brian Klondike, el cual fue a abrir, y se, quedó mirando al sujeto alto, patilargo y rubiales que a su vez la contemplaba con suma atención.

—Zambomba… —pensó *Madame*, sonriendo—. Este Simón es nuevo. Sí, señor, así se hacen las cosas…

—¿Señor Klondike? —preguntaba el visitante.

—Sí. Pase, por favor.

El rubiales entró, colocó la maleta de piel que transportaba sobre el sofá, y la abrió, volviéndose hacia Klondike, que se quedó mirando con fría indiferencia nada menos que cinco millones de dólares.

—Está bien —encogió los hombros—. Recibido.

—Esperamos de usted que pida garantías respecto al retorno de nuestros compatriotas, teniente —dijo el desconocido Simón.

—¿Garantías? ¿Retorno? —Klondike lo miraba estupefacto—. ¿Está usted bromeando?

—Con toda seguridad, NO.

—Escuche, yo sólo tengo que entregar el dinero, entérese bien. Respecto a garantías, ¿qué demonios quiere que exija yo? Y en cuanto al retorno de nuestros compatriotas, en primer lugar tengo más interés que todos ustedes, y en segundo lugar, debemos suponer que ellos siguen en Estados Unidos, encerrados en cualquier lugar… Ya están acostumbrados, de todos modos, a estar encerrados. Así que todo lo que tenemos que esperar es que la gente de aquí comunique a los de allá que han recibido el dinero y suelten a los prisioneros… A mí no se me ocurre nada mejor. Pero sí se me ocurre hacerle a usted y a toda la CIA una advertencia: si están demasiado cerca de mí, y esa gente se da cuenta, las cosas se complicarán. ¿Está claro?

—No se preocupe, teniente. Todo se hará bien.

—¿De veras? Bueno, será mejor para todos… Especialmente, supongo, para mis compañeros.

—Tranquilícese. ¿Necesita algo?

—No.

—En ese caso, adiós… Y buena suerte.

Brian Klondike quedó de nuevo solo. Durante unos segundos, estuvo mirando el dinero, hosco el gesto. Luego, cerró la hermética y, por supuesto, impermeable maleta, y entró con ella en el cuarto

de baño, escenario que *Madame la Duchesse* no podía abarcar.

—Vaya… —refunfuñó la aristocrática anciana—. Esperó que no vaya a bañar el dinero.

Fruncido el ceño, Annette Simonet permaneció con la mirada fija en la pantalla hasta que, por fin, casi diez minutos más tarde, Klondike salió del cuarto de baño portando la maleta, que volvió a dejar sobre el sofá, sentándose a su lado. Miró el reloj, y luego se quedó inmóvil, muy tieso, tenso… Miró varias veces más el reloj, y finalmente se puso en pie. *Madame* también miró su relojito de platino y brillantes; las siete y media en punto.

Brian Klondike abandonó la *suite*, con la maleta.

Madame la Duchesse abrió su maletín, sacó un paquete de cigarrillos americanos, y alzó uno de ellos.

—Ya sale —dijo.

—Okay.

—Discreción Punto Diez, Simón. —Descuide.

Madame bajó el cigarrillo, guardó el paquete, cerró el maletín, y cruzó los brazos sobre el pecho, demostrando bien claramente que se disponía a esperar.

Solamente tuvo que esperar quince minutos… A las ocho menos cuarto, la puerta de la *suite* se abrió, y entró rápidamente una muchacha asiática, portando un instrumento musical en su funda… Un instrumento musical que abultaba tanto como ella misma: un contrabajo.

Que no parecía muy fácil de llevar de un lado a otro, por cierto.

Pero ella lo conseguía, con admirable tesón. Cerró la puerta tras ella, miró inquieta a todos lados, y, finalmente, abrió el gigantesco estuche; y sacó el contrabajo,:.

—Oh, no… —sonrió *Madame la Duchesse*—. ¡Espero que no vayan a darme un concierto ahora!

Al parecer, no se trataba de eso. La muchacha asiática, joven y muy bonita, cargó con el contrabajo y entró en el cuarto de baño.

—Zambomba —dijo *Madame*, sonriendo ante su poco aristocrática expresión de pasmo.

Cinco minutos más tarde, la muchacha asiática salía del cuarto de baño, por supuesto cargada, con el contrabajo, que colocó de nuevo en su funda… Para entonces, *Madame la Duchesse* estaba ya lista para salir, con su maletín forrado de raso negro en una mano y

el bastón de empuñadura de plata en la otra… Esperó a que la muchacha saliese de la *suite* con su contrabajo, apagó el pequeño televisor, y se dirigió a la puerta. Esperó medio minuto, abrió, y salió al pasillo.

Allí, delante de la puerta del ascensor, el cual llegaba en aquel momento, estaba la muchachita asiática, con su contrabajo. Se acercó a ella, la miró sonriendo y dijo amablemente:

—Jovencita, es usted admirable.

La muchacha la miró vivamente, sobresaltada.

—¿Qué…, qué…?

—¿A quién se le ocurre tocar el contrabajo? ¡Con lo bonito y ligero que es el violín!

—Sí —sonrió crispádamente la muchacha—. Pero es más difícil de tocar, señora.

—Eso desde luego —el ascensor había abierto sus puertas, y ambas entraron, *Madame* en primer lugar; las puertas se cerraron y el ascensor emprendió el descenso, gobernado por el ascensorista de raza china—. Pero a veces, vale la pena el esfuerzo, ¿no le parece?

—No sé…

—Le aseguro que sí, joven. Aquí donde me ve, yo sé tocar el violín y le aseguro que hay pocos placeres comparables con ése… Créame, joven; persevere, aprenda el violín. Es más bonito y más cómodo.

—Sí… Sí, lo tendré en cuenta, señora…

—Es usted muy bonita, hija mía… ¿Cómo se llama?

—Pues… —el ascensor se detuvo en el vestíbulo del hotel, y la muchacha se apresuró a salir, sonriendo forzadamente—. Adiós… Perdone mi prisa…

—Está perdonada. Me gustan las jovencitas cultas, y usted lo es, puesto que habla tan bien el inglés. ¿Es usted china?

—Sí… Sí… Adiós.

—Adiós —*Madame* miró al ascensorista chino, y sonrió—. ¿Verdad que no es china, joven?

—No —refunfuñó el chino.

—Es lástima que una joven tan bonita y musical sea una mentirosilla. Pero, en fin… ¡nadie es perfecto!

Pasito a pasito, *Madame* salió del hotel en pos de la muchacha, a tiempo de verla entrar en el coche que se acercó rápidamente al

bordillo. Hubo alguna dificultad para cargar arriba el contrabajo, y, mientras tanto, *Madame* cruzó con admirable agilidad la avenida, y entró en un taxi allí estacionado. Con el bastón, dio un par de golpecitos en el hombro del taxista de raza blanca.

—Joven, no me pierda de vista ese coche.

—A la orden, *Madame* —rió Simón I.

Madame también sonrió…, mientras abría su maletín, metía una mano hasta el fondo…, y la sacaba con la pistolita de cachas de madreperla; lo cual fue captado por el agente de la CIA, por medio del retrovisor, y le obligó a volver la cabeza.

—¿Tan seria está la cosa? —preguntó.

—Nunca se sabe. ¿Le gusta el contrabajo, Simón?

El espía miró hacia el coche cargado con el contrabajo, y que ya se alejaba, y movió negativamente la cabeza.

—La verdad es que no —confesó.

—Lástima; le habría regalado uno.

Simón sólo sonrió, esta vez apretando los labios. Puso el coche en marcha, en pos del otro, fácilmente identificable al llevar en el portaequipajes del techo el instrumento musical… No sería fácil perderlo de vista.

Y efectivamente, a pesar del intenso tráfico y de que Simón guardaba una distancia muy cautelosa con respecto al otro coche, no lo perdieron de vista ni un instante. Es decir, no perdieron de vista el gran estuche del contrabajo, que parecía flotar por entre verdaderos enjambres de coches y bicicletas…

—Van a Kowloon —dijo de pronto Simón.

—¿Por qué cree eso?

—Le apuesto cinco centavos a que vamos al embarcadero del *ferry-boat*. Cruzaremos el estrecho, y, prácticamente, estaremos en China muy pronto.

—Lagarto, lagarto —rió *Madame*, quedamente.

—No creo que haya peligro, de todos modos… A menos que los chinos estén metidos en esto, cosa que dudo. La chica del contrabajo es vietnamita, o algo así. Y lo mismo el tipo que conduce el coche y que ha colocado el instrumento en el techo… ¿No le parece un poco raro todo esto?

—No demasiado.

—¿De veras? Bueno, al parecer, como siempre, según dicen, su

cabecita está en plena ebullición, resolviendo problemas antes de que aparezcan del todo. Admirable. Pero yo no soy tan listo, así que hay cosas que no comprendo. Una de ellas, por ejemplo, es que usted haya preferido quedarse en el hotel para perseguir ahora un contrabajo, en lugar de ir en pos de Brian Klondike, habida cuenta de que la considero la persona mas capacitada para estas cosas.

—Quizá comprenderá usted por qué me quedé en el hotel si le digo que esa jovencita del contrabajo habla estupendamente nuestro idioma… Con cierto tono peculiar de voz, desde luego.

—¿Ha hablado con ella?

—Por supuesto. Bien tenía que convencerme de que había oído su voz antes de ahora.

Simón I sacudió la cabeza como si acabase de recibir un golpe en ella.

—Santo Dios —gimió—. ¡Soy un cretino!

—Pero muy buen muchacho —rió de nuevo, *Madame*.

—Por todos los demonios… ¡No me diga que esa muchacha es la que habló con Brian Klondike por teléfono anoche, dándole las instrucciones…!

—Lo siento por usted, Simón, pero… lo digo: es ella.

—Insisto: soy un cretino. Pero…, ¿qué hace esa chica paseando por un hotel como el Hong Kong Imperial y ahora por estas calles, siempre cargando con un contrabajo?

—O mucho me equivoco, o ese contrabajo es carísimo.

—¿Carísimo? ¿Qué quiere decir?

—Pues quiero decir que no creo que esa jovencita lo vendiese a nadie por menos de cinco millones de dólares.

—¡Buena broma! ¿Cómo va a valer cinco millones un con…?

Simón I se calló, de pronto, y se mordió los labios. Su rostro había perdido todo color. Y sus ojos, más abiertos que nunca, se fijaron de nuevo en el contrabajo, que seguía flotando ante ellos teñido de luces de diversos colores de los anuncios de neón… Habían dejado ya Victoria Avenue, y, en efecto, todo parecía indicar que se dirigían al embarcadero, donde siempre había servicio entre Victoria y Kowloon. A medida que se acercaban, la masa de transeúntes chinos parecía ir espesándose, consecuencia de la mayor estrechez de las calles. Y muy pronto ya no tuvieron la menor duda de que iban hacia el embarcadero.

—Pero entonces… —murmuró Simón—, ¿Klondike no piensa entregar el dinero en Aberdeen?

—Parece evidente.

—¿Lo dejó en su habitación, y esa chica lo recogió?

—Salvo que yo me esté equivocando.

—¡Maldita sea mi estampa! —masculló el espía—. ¡No entiendo nada! ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Francamente, la absoluta verdad yo tampoco la sé… No se distraiga ahora, Simón. En efecto, vamos a pasar a Kowloon.

—Se van a dar cuenta de que los seguimos.

—Bueno —dijo plácidamente *Madame*.

Parecía inevitable que los perseguidos se dieran cuenta, sobre todo cuando abordaron el *ferry-boat* tras ellos, y, siguiendo las indicaciones que el empleado chino iba dando por señas para la colocación de los coches, tuvieron que colocarse ni más ni menos que al lado del de la muchacha, separados apenas por medio metro. Simón miraba hacia el frente con obstinación, pero *Madame* dirigió una mirada de reojo al otro coche.

El conductor también miraba hacia el frente, donde se iban agrupando los pasajeros sin coche, en su mayoría chinos, agitándose, gritando, golpeándose unos a otros con cestas y paquetes de todas clases… Pero, justamente cuando *Madame la Duchesse* miraba hacia el otro coche, lo hacía la muchacha asiática, por cierto con bastante menos disimulo que ella, ya que estaba inclinada hacia la ventanilla, y, por supuesto, no pudo dejar de ver ni reconocer a la dama que había conversado con ella sobre contrabajos y violines… La imagen de la muchacha desapareció en seguida, y *Madame* murmuró:

—Ya se han dado cuenta.

—Pues no tenga su mano muy lejos de la pistolita —murmuró, también, Simón—. Esa gente no se anda con tonterías, Baby.

—Yo tampoco.

Apenas tres minutos más tarde, el *ferry* daba su señal de partida, y a los pocos segundos, la cubierta comenzó a trepidar. *Madame* tenía el ceño fruncido. No, ella tampoco lo entendía bien, desde luego. Pero así estaban las cosas, y ella siempre seguía la corriente de los acontecimientos hasta que llegase el momento de… Retiró de pronto la mano de encima del maletín, lo abrió, y sacó el paquete

de cigarrillos, cuya especial vibración había percibido. Alzó uno de los cigarrillos, y musitó:

—¿sí?

—¿Baby?

—Claro. ¿Qué ocurre?

—Han matado a Brian Klondike.

Capítulo VI

El torso de Annette Simonet se enderezó bruscamente. Sus labios se apretaron un instante.

—¿Qué dice, Simón? —preguntó, tensa.

—Lo han asesinado. En Aberdeen… Bueno, en la bahía.

—¿Quién lo ha hecho y cómo?

—Bueno, apareció una lancha que.

—Esperé, Simón. Perdone… Empiece por el principio, por favor. Vamos a ver, Brian Klondike abandonó el hotel, yo les avisé, y ustedes pusieron en marcha todo el dispositivo de control. ¿Es eso?

—Sí, desde luego.

—Bien. El fue a Aberdeen, y ustedes tras él, además de la vigilancia establecida allá. Ahora, ¿qué pasó?

—Klondike se dedicó a pasear por el borde del muelle, tal como le habían indicado y, a los pocos minutos, se le acercó un sujeto, un chino o algo parecido, que parecía un andrajoso, un pordiosero. Obviamente, le preguntó si era Brian Klondike. Le vimos asentir y tomar el sobre que le tendía el andrajoso…

—Siguieron al andrajoso, naturalmente, Simón.

—Pues… Baby, lo siento. Va usted a decir que los Simones de Hong Kong somos unos ineptos que…

—¡Se les escapó el andrajoso!

—Lo siento, sí. Pero, mire, no es que pretenda buscar disculpas para mi grupo… Es que, realmente, seguir a un sujeto así por encima de los sampanes y todos esos pesqueros es imposible, se lo aseguro. El maldito pordiosero, que el demonio se lleve, estaba bien advertido, naturalmente, así que apenas entregar el sobre, se lanzó sobre el primer pesquero que había amarrado al muelle, y comenzó a saltar de uno a otro como una ardilla loca… Ni siquiera nos dio tiempo a reaccionar. De pronto, cayó… o se tiró al agua, y… Bueno, a ése no lo caza en el muelle de Aberdeen ni el Hombre de las

Medallas de Oro.

—¿Quién? —se desconcertó *Madame*.

—Mark Spitz, el vencedor olímpico de Munich en natación.

—¡Oh, sí…! Entiendo. En fin, desapareció.

—Como una rata de agua. Siento mucho que…

—No se obsesione, Simón. Vamos a por Klondike ahora. ¿Qué hizo después de recibir el sobre?

—Pues lo abrió, y leyó el mensaje. En seguida, lo quemó, y dejó caer las cenizas al agua. Luego se orientó, y fue hacia determinada parte del muelle, y comprendimos que estaba buscando algo… Resultó ser un pequeño bote de pértiga… ya sabe, esos botes largos que los chinos manejan con un solo remo atrás…

—Sí, sí, sí… ¿Lo abordó?

—Sí. El bote debía tener alguna señal para que él lo identificase, claro. Bueno, saltó dentro, empuñó la pértiga, y se fue bahía adentro. Por supuesto que nosotros esperábamos algo así, y estábamos preparados, de modo que pasé el aviso para que nuestra lancha siguiera discretamente a Klondike…

—Ahora va usted a decirme que la otra lancha era mucho más ligera, más rápida, que apareció de pronto, ametrallaron desde ella a Klondike, y… escapó.

—Maldito sea yo… ¡Sí, eso ocurrió!

—Bien. Pero antes tomarían el dinero…, la maleta impermeable, quiero decir.

—No. Klondike la había tirado ya al mar.

—¿Sí? Caracoles, ¿qué sorprendente, verdad? ¿Por qué debió hacer, semejante cosa?

—Es de suponer que así se lo ordenaron. Por eso querían que la maleta fuese hermética e impermeable.

—Claro. Bien, tiró la maleta al mar… ¿Qué cree usted que pudo pasar a continuación?

—Si no se va a reír de mi teoría, se lo diré.

—No es momento de risas, Simón!

—Okay… Yo creo que en el lugar donde Klondike tiró la maleta al agua, debían haber dos o tres hombres-rana, esperando. Se hicieron cargo de la maleta antes de que llegase al fondo, y se fueron con ella hacia las casas flotantes. ¡Y vaya usted a saber en cuál de ellas aparecieron esos hombres-rana!

—Ya. Y mientras tanto, debieron ver que Klondike había dejado caer la maleta al agua, y enviaron a los de la lancha a matarlo.

—Eso pienso. Le diré un vez más que lo siento, y desde luego, la responsabilidad por lo sucedido…

—Olvide eso, y ocúpese del cadáver de Klondike. Hay que llevarlo a…

—No lo tenemos.

—¿No tienen el cadáver?

—No… Cayó al agua, se hundió…

—Pues sáquenlo.

—¿Esta noche?

—AHORA.

—Esto… No es que pretenda discutir una orden de usted, Baby, pero…, ¿le explico cómo es el fondo de esta bahía?

—¿Qué quiere decir?

—Posiblemente es uno de los lugares más sucios del mundo. Hay de todo ahí abajo: pequeñas embarcaciones hundidas, cajas, cientos de redes podridas, lodo, rollos de cuerdas, botes de conservas; zapatos… De día ya es repugnante y de visibilidad dificilísima, así que de noche…

—Simón, le diré lo que estoy pensando. Si yo fuese espía, me procuraría esta misma noche el más completo equipo de hombre-rana y me sumergiría en busca del cadáver de Brian Klondike sin esperar a que una persona que generalmente es amable, simpática y cariñosa, me lo ordenase con tono carente de amabilidad, simpatía y cariño… ¿Es usted un espía, un… Simón, o no lo es?

—La búsqueda comienza ahora mismo. Gracias, Baby.

—Adiós, Simón.

Annette Simonet bajó el cigarrillo, guardó el paquete, y dirigió una torva mirada hacia el coche de al lado.

—Lo han matado…—susurró Simón I—. Supongo que debíamos temer algo así; ¿verdad? En cuanto a los otros treinta y ocho hombres que pensábamos «comprar» con ese dinero, es posible que estén muertos hace días.

Madame no contestó. Quizás era que ni siquiera había oído a su chófer, o así lo interpretó éste, y no insistió. No dijo nada más hasta transcurridos unos minutos, cuando el trepidar de la cubierta se hizo más perceptible.

—Estamos llegando a Kowloon —advirtió.

Madame alzó la cabeza, y miró hacia las luces de colores que resplandecían delante, prietos los labios.

—Si lo han matado —susurró— es que él era inocente, que todo lo que quería era realmente ayudar a sus compañeros de armas…

—¿Qué dice?—se volvió Simón.

—Nada… Nada. He intervenido…

No dijo nada más. Tanto ella como Simón quedaron inmóviles, porque todo sucedió de modo inesperado, y tan rápidamente, que su reacción habría sido tardía… y mortal. Tres hombres, de pronto, aparecieron junto al coche, abrieron las portezuelas, y entraron;… Uno se colocó junto a Simón, metiéndole una pistola en las narices. Los otros dos, entrando cada uno por una puerta de atrás, quedaron a ambos lados de Annette Simonet, uno de ellos también con una pistola, y el otro con un cuchillo, que quedó apoyado en el vientre de la aristocrática duquesa.

Fue este último quien dijo, en mal inglés:

—Desembarcar normalmente, ir por derecha hacia playa de Kowloon, arriba, arriba… ¿Sí?

Madame dejó de mirar al asiático para mirar a Simón. Y al ver la expresión de éste, se apresuró a ordenar, con tono seco:

—Es una orden mía, Simón. Haga todo lo que le digan.

El espía no contestó. Se volvió hacia el frente, mientras el oriental que tenía al lado bajaba la pistola, apuntando ahora a su cuerpo, por supuesto.

—Manos en volante siempre —dijo el del cuchillo—. ¿Sí? ¿Entiende?

—Lo ha entendido—dijo *Madame*.

—¿Usted manda a él?

—Sí. Yo lo mando; yo doy todas las órdenes en Hong Kong ahora.

—¿CIA?

—Sí.

—Desembarcar normalmente, ir por…

—Ya sabemos eso.

—Saben. Mejor. Okay.

El *ferry-boat* quedaba completamente detenido un par de minutos después, y todos los pasajeros se dispusieron a

desembarcar, a pie o en coche. *Madame* se inclinó un poco hacia delante, mirando hacia el coche de la muchacha… La vio a ella, inclinada también hacia la ventanilla, mirando hacia allí y, al verla, sonrió burlonamente, y con una mano señaló hacia arriba. *Madame* alzó la mirada, vio el estuche del contrabajo, y apretó los labios, volviendo a mirar a la muchacha que, evidentemente, se estaba riendo. El rostro de *Madame* no se alteró; si acaso, sus labios se apretaron un poco más…

El coche con el contrabajo desembarcó primero, y, naturalmente, tomó la dirección opuesta a la que tenían que tomar ellos…

—Desembarcar ahora —dijo el del cuchillo.

Simón obedeció. Detestaba Kowloon, porque siempre le había parecido una zona de miserables industrias, sórdida, carente de la más elemental belleza. Teniendo en cuenta su actual situación, tenía muchos más motivos para detestar la península, desde luego… Pero estas consideraciones ya no le preocupaban. Tenía tras él a Baby y, a menos que él hiciera algo, la iban a matar. Iban a matar a Baby ante sus narices. ¡A Baby!

Mientras conducía por Kowloon siguiendo la dirección ordenada, esta idea iba tomando forma y seguridad en la mente del espía norteamericano, y la angustia que le producía se iba materializando en un sudor más copioso a cada instante, que comenzó en su frente, se extendió a las mejillas, al cuello, a las manos…

No. No la matarían mientras él tuviese vida. Desde hacía ocho años, Simón I trabajaba para la CIA, especialmente en Oriente. Pero incluso hasta allí llegaban todas las noticias, como transportadas por el aire en un tam-tam que sólo los agentes de la CIA podían oír. Baby ha terminado una misión en tal sitio rescatando a tres de los nuestros; Baby ha desorganizado tal plan enemigo en tal sitio rescatando a una docena de los nuestros que estaban prisioneros; Baby ha vengado el asesinato de dos de los nuestros en tal sitio…

El oriental que iba junto a él hizo un comentario que al parecer era jocoso, porque los otros dos rieron, y lo miraron… Sí, les hacía mucha gracia ver su rostro ya completamente empapado en sudor, pero él les iba a…

—Yo diré cuándo —dijo de pronto *Madame*.

—¿Cuándo… qué? —preguntó el del cuchillo, sorprendido.

Simón había estado a punto de lanzar una exclamación de sorpresa ante el poder telepático de Baby, pero supo contenerse… Incluso cuando *Madame* contestó al oriental con una enorme mentira:

—Tenemos una bomba en el coche —dijo—, y explotará cuando nosotros queramos. No pensamos dejarnos cazar con vida.

El oriental lanzó una exclamación de sobresalto, y miró vivamente a Simón, comenzando a ordenar:

—¡Tú frenas en…!

Una manita pequeña, delicada de aspecto, pero dura como el acero, se cerró en torno a su muñeca, apartando la mano armada con el cuchillo, mientras *Madame* abandonaba su asiento hacia delante, escapando de la línea de tiro del hombre que se sentaba a su lado, y que de momento sólo acertó a gritar un instante antes de que el pequeño puño derecho de la anciana golpease en su sien, con un seco y velocísimo gesto de vaivén que lo desvaneció de modo fulminante, sin darle tiempo ni tan siquiera a apretar el gatillo.

La velocísima anciana giró en seguida hacia el que iba sentado junto a Simón, mientras éste, soltando los mandos del coche, metía la mano en el sobaco, en busca de la pistola, y se volvía hacia el del cuchillo, que de un tirón se desprendía de la mano de *Madame*, y se disponía a acuchillar a ésta…

Todo sucedió en menos de un segundo, simultáneamente.

El oriental que iba sentado junto a Simón, disparó contra éste, que lanzó un alarido, pero sacó la pistola, y desde menos de veinte pulgadas, metió una bala en la cabeza del hombre del cuchillo, preocupándose más por la vida de Baby que por la suya propia. Mientras tanto, siempre en esa fracción de segundo, Baby hacía precisamente lo contrario,; esto es, se preocupaba más de la vida de Simón que de la suya, descargando un espantoso atemi mortal en la sien del hombre que acababa de disparar contra Simón… y que, ciertamente, ya no pudo volver a disparar, pues salió proyectado, muerto al instante, contra el cristal parabrisas,…, mientras, por último, el coche subía a la acera, daba de lado contra un árbol, volvía a la calzada, y se precipitaba hacia otro vehículo que venía en dirección opuesta.

Todo esto, en menos de un segundo.

Y el juego habría terminado allí, sin duda, si Simón no se hubiese vuelto velozmente hacia el volante y, pálido como un cadáver, hubiese recuperado la dirección, moviendo el volante con seco golpe hacia la derecha, con lo que *Madame*, que estaba en esa parte del coche, salió disparada, dándose de cara contra el oriental del cuchillo, que tenía la mitad de la cabeza volada del disparo, salpicada contra las paredes del coche.

—¡Simón!. ¡Frene! ¡Frene…! —gritó Baby.

Lo único que hizo, el espía, fue aminorar la velocidad, y meterse por una calleja lateral, gritando a su vez:

—¿Está bien, Baby?

—¡Sí! ¡Frene!

Simón aminoró aún más la marcha, y volvió la cabeza, contemplando a *Madame* mientras ella recuperaba la estabilidad, y se sentaba en el centro del asiento de atrás.

—Será mejor que nos alejemos… un poco más… de aquí…

—¡Simón, frene! ¡Está herido, yo conduciré!

—Estoy bien… Vea que estos tipos no puedan… perjudicarnos… to… to… todav… vía…

Madame lanzó un gritito de espanto cuando la cabeza del espía cayó de pronto contra el volante, rebotó, y todo el cuerpo se fue de lado contra su ventanilla. Sin vacilar, la anciana saltó al asiento de delante, se aferró en el acto al volante, y controló el coche mientras intentaba introducir los pies, desesperada, hacia los pedales del embrague y freno… Encontró uno, lo apretó y el coche aumentó su velocidad, suelto, al quedar desembragado el motor. Prietos los labios, desorbitados los ojos, *Madame* movió el pie hacia la derecha, encontró el otro pedal, y apretó, con todas sus fuerzas… El coche quedó tan bruscamente clavado en el suelo que ella salió despedida contra el parabrisas, rebotó de frente, y volvió a quedar sentada en el estrechísimo espacio que permitía el cuerpo de Simón.

Su cabeza estaba llena de oscuridad, pero aún tuvo capacidad de reacción, sacudiéndola, saliendo de su semiinconsciencia que había durado apenas tres segundos… O poco más, porque se dio cuenta de que las personas que habían presenciado las peligrosas maniobras de aquel coche empezaban a reaccionar, acercándose…

Sacudió de nuevo la cabeza, y apretó el pedal del gas, pero nada sucedió. Su reacción tuvo forzosamente que sufrir un proceso

acelerado. El embrague… La primera marcha…

El coche partió zumbando, mientras las personas que habían iniciado el acercamiento se apresuraban a apartarse, lanzando gritos de alarma.

Y mientras conducía alejándose, *Madame* pensaba rápidamente:

—Esto es un taxi; puede que hayan tomado la matrícula, o en cualquier caso si avisan a la Policía buscarán un taxi… Tengo que dejar atrás cuanto antes Kowloon, salir a campo abierto… Y ya no tengo por qué rechazar la idea de ir hacia la playa… Sí, es lo mejor que puedo hacer…

El coche se detuvo después de salirse de la carretera y quedó casi en la zona arenosa, muy cerca de la playa, que se veía llena de luz de luna entre los pinos. Dos hombres se apearon, uno de ellos muy alto, el otro menudo, portando un maletín.

El más alto sacó la radio de bolsillo, la accionó, y dijo en seguida:

—Soy Simón II. He llegado… ¿Puede verme?

—Sí —oyó la voz de Baby—. Mire usted más hacia arriba y hacia la playa.

El espía se volvió, y divisó entonces el par de destellos de luz entre los pinos. Volvió al coche, seguido del otro hombre, y recorrieron la corta distancia hasta el lugar donde habían visto los destellos. Efectivamente, allá estaba el taxi. Las luces fueron apagadas, y Simón II volvió a apearse.

Baby apareció ante él, en las sombras, pero aceptablemente visible al resplandor de la luz lunar, lo que ocasionó un ligero sobresalto en el espía, que si bien sabía que ella tenía ahora el aspecto de una anciana, no la había visto así…

—Soy yo —sonó la inconfundible voz—. Llame al médico.

Simón II hizo una seña hacia el coche y el hombre menudo salió, reuniéndose con ellos. *Madame* pudo ver entonces que era chino, pero esto le importaba bien poco, teniendo en cuenca, por supuesto, que si, Simón lo llevaba allí era que podían confiar en él.

Los llevó hacia el coche, junto al cual habían tres hombres, al parecer, muertos. Brigitte encendió la luz del interior del vehículo, y el chino entró, examinando rápidamente a Simón I, tendido en el asiento de atrás.

—Está muy mal —dijo—. Hay que llevarlo, inmediatamente a,

lugar más conveniente… Pero no sin que le haga antes una cura de urgencia. Necesito más luz.

—Traeré una linterna del coche —dijo Simón II.

La fue a buscar, y se disponía a entrar en el taxi, pero *Madame* le quitó la linterna, y entró ella, iluminando la herida, que el médico había dejado ya al descubierto; al verla, Baby se mordió los labios.

—¿Morirá?.—susurró.

—Si no muere, propóngame para el Premio Nobel de Medicina —susurró también el médico chino.

Un cuarto de hora después, con todo cuidado, el herido era trasladado al otro coche, y el médico pasó con él al asiento de atrás, mientras Brigitte pedía a Simón II:

—Abra el maletero.

El espía obedeció, y ella fue hacia los tres hombres que parecían muertos. Alzó a uno de ellos, se lo cargó en un hombro como si fuese de trapo, y fue a tirarlo dentro del maletero, con furioso gesto. Simón vio entonces que aquel hombre estaba atado con tiras de esparadrapo, varias de las cuales sellaban dolorosamente su boca. —De modo que tiene a uno vivo…

—Para desgracia de él. Vámonos. Imagino que dispone usted de un lugar seguro y adecuado para nuestro compañero.

—Desde luego.

Capítulo VII

Dejaron al herido en la cama, en compañía del doctor Siaun Kieu, y salieron del dormitorio. Fueron al pequeño saloncito, donde, tendido en el suelo, sudando por los inútiles esfuerzos que había estado haciendo para romper las tiras de esparadrapo, estaba el prisionero, el hombre al que había golpeado *Madame* en primer lugar en el coche.

La divina espía se acercó a él, asió un extremo de la mordaza de esparadrapo y la arrancó de un tirón brutal, que hizo lanzar un alarido al hombre, mientras fijaba su desorbitada mirada en la anciana que tan inofensiva les había parecido a él y a sus dos compañeros.

—¿Habla inglés? —preguntó Baby.

El hombre abrió más los ojos, y no respondió. Baby frunció el ceño, disgustada consigo misma. Aquel tipo era vietnamita, ¿no? Entonces, tenía que hablar francés, casi seguro.

—¿Francés?

—Sí… Sí.

—Un hermoso idioma para que podamos entendernos perfectamente —comenzó a hablar ella en francés—. ¿Cómo te llamas?

—Dian.

—Muy bien, Dian. Te haré una sola oferta y por una sola vez. A pesar de que estabas dispuesto a matarme, te dejaré marchar con vida si me dices dónde puedo encontrar a la muchacha del contrabajo. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. ¿Dónde?

—No sé…

—Dian, te voy a cortar la lengua, las manos y los pies, y te sacaré los ojos, y te dejaré en lo alto de una montaña si no contestas

a mi pregunta. Si la contestas, quedarás vivo y sano… Lo repetiré, aunque no quería hacerlo. ¿Dónde?

—No sé… Yo sé ir allá, pero no sabría decirte cómo lo tendrías que hacer tú…

—¿Estás dispuesto a acompañarme?

Dian miró los ojos de la anciana. Sabía ya que no era una anciana, pues de serlo realmente, jamás podría hacer lo que había hecho, ni cargárselo a él en un hombro, ni caminar de aquella manera, ni mirarlo tan fríamente, tan escalofriantemente con aquellos ojos azules, tan grandes, que podía ver ahora sin los lentes…

—Sí… Te acompañaré.

—De acuerdo. Saldremos cuando…

Madame dejó de hablar, y miró expectante a Simón II, que estaba sacando la radio de bolsillo. Se acercó a él, dispuesta a escuchar la conversación, y Simón abrió entonces el contacto.

—Sí, adelante.

—Oye, Ray, hemos…

—Baby está conmigo —cortó Simón, turbado.

—¡Oh! Bien, entiendo. Bueno, Simón II, yo soy Simón III.

—Eso está mejor… para ella. Dime.

—Todavía no hemos encontrado a Klondike, pero los muchachos siguen sumergiéndose, con las linternas acuáticas y todo eso… Bueno, pero hemos encontrado la maleta. Y la hemos abierto. ¿Qué dirías que contiene?

—Revistas, periódicos, libros quizá… No sé. Algo que pese como cinco millones de dólares.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Simón III.

—Baby me lo ha dicho.

—Pero… no entiendo…

—Yo tampoco estoy muy en órbita, que digamos.

—Demonios… Bueno, dices que ella está contigo, ¿no? ¡Pues pregúntale!

Simón I miró a *Madame*, que movió la cabeza negativamente.

—Yo tampoco estoy segura de nada ahora —dijo—. Dígale a Simón III que envíe aquí a dos compañeros armados hasta los dientes, y que los demás sigan buscando el cadáver de Klondike. Nada más, por ahora.

Simón II pasó las instrucciones de la espía que, aunque fuese a cualquier parte del mundo, asumía automáticamente el mando de todas las fuerzas de la CIA de la zona. Luego, cerró la radio, se la guardó, y se quedó mirando a la pensativa *Madame*.

—¿Qué hacemos? —murmuró.

—Voy a llevarme su coche; volveré cuanto antes… Mientras tanto, asegúrese de que Dian sigue como está ahora.

Aproximadamente una hora y media más tarde, el prisionero Dian mostró una chispa de interés al ver aparecer en el saloncito al nuevo personaje: una muchacha de raza blanca, de buena estatura, rubia, ojos verdes, que llevaba un maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Ella pasó por su lado, mirándolo con indiferencia, acompañada de Simón II que había ido a abrirle la puerta del chalet, y se dirigió al cuarto donde estaba el agente de la CIA herido. Los dos se detuvieron ante la puerta, Simón llamó con los nudillos de forma evidentemente convenida, y alguien abrió desde dentro, un sujeto alto, pelirrojo, que sostenía una imponente automática en la mano. Al lado de la cama, en el lado opuesto al doctor Kieu, había otro, también con la pistola en la mano.

—Eso es —aprobó Lili Connors—Hasta que podamos llevarlo a casa, ustedes no confiarán en nadie. ¿Cómo sigue?

Siaun Kieu sonrió como divertido.

—Es muy posible que tenga usted que proponerme para el Premio Nobel —dijo.

Los verdes ojos de la bellísima Lili destellaron con una expresión de grandísima alegría.

—Es muy posible que no pueda mantener esa promesa, doctor Kieu —sonrió—. Pero le garantizo a usted cien mil dólares americanos si salva a este hombre. Ustedes dos sigan vigilando. Vamos, Simón.

Salieron del cuarto ella y Simón II, dejando a Kieu como atontado. Por fin, miró a uno y otro agente de la CIA, y susurró:

—¿Ella ha dicho… cien mil dólares?

—Americanos —sonrió uno de los Simones—. Y si usted le pide un millón por uno de nosotros, también se lo pagaría, doctor.

—¿Tanto dinero tiene esa mujer?

—No lo sé. Pero si no lo tuviese, lo robaría. Lo que sí le aseguro

es que si Owen se salva, usted tendrá cien mil dólares. Al contado, en efectivo, y donde y cuando usted quiera.

Afuera, en el saloncito, Lili Connors señaló a Dian, y Simón II le desató los pies, y lo incorporó, diciendo:

—Vamos a buscar el contrabajo, amiguito.

Dian miró desconcertado a Simón, y luego a la rubia de los ojos verdes, que sonrió de un modo helado.

—Todo va bien, Dian —dijo, en francés, y con la voz de *Madame la Duchesse*—: Cumple tu promesa, y yo cumpliré la mía.

El vietnamita quedó estupefacto, asimilando con no poca dificultad aquella revelación de personalidad; Y todavía estaba con la boca abierta cuando Simón le dio un empujón, en verdad poco amable.

—En marcha.

Desde el interior del coche, Lili Connors estuvo un par de minutos mirando especulativamente el lugar. Era una construcción junto a la playa, fea, destartalada, de gran tamaño. Habían grandes ventanas, y se veía luz en una de ellas. Entre la construcción y el mar habían raíles metálicos, que brillaban a la luz lunar, y en el suelo se veían cables que penetraban en la construcción.

—Parece un astillero, o algo así —comentó Simón, por fin—. Ahí deben reparar pesqueros, carenarlos, calafatearlos, o lo que sea.

Lili Connors asintió con la cabeza, mientras murmuraba:

—No se ve a nadie.

—Pero hay alguien ahí. E insisto en mi sugerencia, Baby. Podemos dejar de buscar el cadáver del teniente Klondike durante unas horas, y hacer venir aquí a todos los muchachos.

—¿Tiene miedo? —le miró sonriendo Lili.

—Como siempre, es razonable. Pero pienso más en usted que en mí, porque…

—No lo haga… —se sobresaltó ella—. ¡No lo haga, Simón! No quiero que piense más en mí que en usted. Lo mismo hizo Simón I, y quizá muera —se estremeció—. No lo haga, por favor.

—¡Oh, estupendo! Ahora pídale al sol que no salga mañana. Pero está bien, usted manda…, y sobre todo, siempre hace lo mejor. ¿Qué decide?

—Voy a ir a echar un vistazo…

—¡No! —palideció Simón.

—Eso es lo que voy a hacer. Y de lo que vea, dependerá lo que hagamos. Ahora escúcheme atentamente, Simón. Si dentro de quince minutos no he vuelto, vaya a buscar a los demás, y hagan lo que consideren conveniente.

—Por el amor de Dios… ¡Usted es una insensata! Tenemos a nuestra disposición no menos de nueve hombres, y quiere…

—Esas son mis órdenes.

—Está bien —murmuró el espía—. ¿Qué hacemos con este sujeto?

—Salga del coche y espere a que yo le llame.

Simón ya no discutió nada. Salió del coche, y se quedó al lado, mirando a Baby. La vio abrir el maletín, y sacar de él lo que parecía una gasa, una compresa. Luego, sacó algo más, entre dos deditos, que apretó después de colocar la gasa ante la boca y la nariz del prisionero. Quince segundos después, Baby guardó la gasa, y abrió la portezuela; señaló a Dian:

—Sáquelo del coche y tírelo por ahí, que no puedan verlo.

—¿Qué ha pasado?

—Dormirá cuarenta y ocho horas.

—¿Pero despertará? —preguntó con dureza el espía.

—Simón — se tensó la voz de ella—: estoy cansada… Muy cansada de todo esto, de disparar, de matar… Muy cansada.

Simón II asintió. Tiró del dormido Dian, y lo arrastró lejos del coche, dejándolo oculto entre unas matas…

Cuando regresó al coche, Baby ya no estaba allí. Tragó saliva, miró su reloj, y se sentó ante el volante.

—Quince minutos…—se dijo—. Si en quince minutos ella no ha regresado, vamos a dejar ése barracón convertido en cenizas.

Mientras tanto, Lili Connors se deslizaba hacia la construcción que debía ser un pequeño astillero. Siempre, evitando entrar en la zona del resplandor de la luz de aquella ventana. Por este cauteloso procedimiento, y siempre teniendo en cuenta la posibilidad de que hubiese una vigilancia bien organizada, llegó por fin junto a la construcción, y quedó acuclillada bajo una de las ventanas, atento su finísimo oído. Tan finísimo, qué alcanzó a captar un rumor de voz, pero sin conseguir entender una sola palabra.

Se desplazó un poco más hacia la ventana iluminada, y mientras lo hacía oyó otra voz, al parecer en respuesta. Tampoco entendió la

respuesta, pero sí identificó la voz. Y una fría sonrisa apareció en los labios de Lili Connors.

—Yo te enseñaré a reírte de mí, jovencita —se dijo.

Se desplazó hasta la siguiente ventana, y de nuevo se encogió allí, oyendo ahora con más claridad la voz de la muchacha vietnamita, la jovencita del contrabajo. Evidentemente, estaba con alguien muy cerca de la ventana iluminada…

De pronto, Baby alzó la cabeza hacia la ventana bajo la cual se hallaba encogida, agazapada… Una exclamación de alarma quedó ahogada en su garganta al ver por encima de ella la silueta de un hombre, que se cernía sobre su cabeza, apoyado en el marco…

Demasiado tarde.

¡Clock!, sonó su cabeza, como si algo hubiese explotado dentro de ella.

Y ya no pudo ver luz alguna.

* * *

La luz le molestó en los ojos, pero se sobrepuso pronto, parpadeando, mientras iba distinguiendo figuras de pie ante ella, borrosas, como oscilando… Lentamente, las figuras fueron estabilizándose, tomando forma concreta…

La primera figura que se concretó ante los ojos de Lili Connors, que estaba tendida en el suelo, fue la de la muchacha vietnamita, que la contemplaba esbozando una sonrisita cruel. Lili volvió a parpadear, y desvió la mirada. Allá, había un hombre; también de raza vietnamita, al parecer; de mediana edad, mirada inteligente, penetrante… Luego, vio a otro hombre. Ya lo conocía, era el oriental que había recogido a la muchacha del contrabajo con el coche, al salir ella del Hong Kong Imperial Hotel con el gran instrumento musical.

Y por último, otro hombre, cuya presencia allí; y sobre todo cuya existencia, le produjo un irreprimible gesto de asombro, de sobresalto, que la llevó a quedar sentada.

—¡Brian! —exclamó.

Brian D. Klondike la estaba mirando fijamente, muy pálido, demudado.

—Me engañaste… —susurró con voz ronca— ¡Lili, me

engañaste, nuestro encuentro no fue casual, todo estaba preparado por la CIA…! ¿No es cierto? ¿No es cierto?

—Sí, es cierto.

—Eres de la CIA…

—Sí. Y tú eres un traidor… Ojalá hubiese terminado el caso en cuanto me cercioré de la verdad, de tu traición, de tus mentiras… De las mentiras de todos vosotros.

—¿De todos nosotros? ¿A quiénes te refieres?

—A ti y a tus compañeros de armas. Sé que todo esto ha sido un plan vuestro para conseguir, en principio, cinco millones de dólares del Gobierno de los Estados Unidos. Si sólo se tratase de eso, no me importaría lo más mínimo. Pero está bien claro que hay algo más, que…

—No entiendes nada… —murmuró Klondike—. No lo entiendes en absoluto, Lili.

—¿No? Bueno, puedo explicártelo, si lo deseas, ya que ahora lo comprendo todo, empezando por tu falsa muerte… Simularon disparar contra ti desde la lancha pero apuntaron al aire, tú te dejaste caer al agua, y luego nadaste hasta uno de los pesqueros… Muy ingenioso. Hasta llegué a creérmelo; a pensar que me había equivocado contigo pese a la nota recibida apenas llegar a Hong Kong…

—¿Qué nota? —se alarmó Klondike.

—Tengo muy buena memoria, así que te la recitaré. Decía: «Las voces de las aves han sido identificadas en lo alto de los árboles que sostienen la exótica cabaña…» No, no, no te molestes en preguntar, te diré ahora mismo lo que realmente significaba ese mensaje: que las voces…, es decir, que la voz del hombre que te llamó por teléfono a tu apartamento después de regresar de Washington con la aprobación de nuestro Gobierno para pagar los cinco millones de dólares, había sido identificada.

—¿Identificada…?

—Sí. Yo llegué a tu apartamento antes que tú, en un aparato de la USAF, directamente a la base de San Diego. Estuve en tu apartamento preparándolo todo para grabar todo cuanto te dijesen al llamarte. Y como ya tenía mis sospechas sobre tan extraños acontecimientos, cuando tuve esa voz movilicé a tres docenas de agentes de la CIA Cada uno de ellos, llevaba una copia de la cinta

con la voz grabada del hombre que había hablado contigo. Se dedicaron a visitar a las familias de todos los que habíais estado juntos en el mismo barracón de prisioneros en Vietnam del Norte. Cada familia, escuchaba la voz de aquella cinta…

—Hiciste eso…

—No debes sorprenderte demasiado. La CIA ya no es una organización cándida, sino la agrupación de las personas más desconfiadas del mundo. Tan desconfiadas, que la desaparición, el… secuestro nada menos que de treinta y ocho hombres, de modo tan perfecto, tan impecable, tan simultáneo, tenía que llamarnos la atención… Era muy difícil hacerlo, especialmente, por lo que a material humano se refería. Para secuestrar a treinta y ocho ex combatientes, hacían falta, por lo menos, setenta y seis hombres que actuasen simultáneamente en todo el país, en todos los lugares donde vivía uno de vosotros. ¿No te parece esto muy improbable? ¿Te imaginas a setenta y seis hombres molestándose en preparar un plan de esa envergadura para conseguir cinco millones de dólares? Tocabais a poco más de sesenta y cinco mil dólares por cabeza. Y entonces, pensamos: ¿no era más fácil secuestrar a cualquier jovencita de padres millonarios y pedir por ella medio millón para dos o tres, que secuestrar nada menos que treinta y ocho hombres para pedir cinco millones a repartir entre setenta y seis? Por lo tanto, llegamos a una conclusión: no eran setenta y seis secuestradores sino que vosotros mismos, los treinta y ocho, os habíais ocultado, para simular los secuestros, y quedaros con el dinero que pagase el Gobierno. Entonces, siendo solamente treinta y ocho, tocabais, claro, a ciento treinta mil dólares. Pero es el plan más estúpido y absurdo de que he tenido noticias en mi vida… ¿Qué pensáis hacer con ese dinero, adonde iréis a disfrutar de él…?

Brian Klondike, que la escuchaba ahora sonriendo tristemente, la interrumpió con un gesto, y preguntó:

—¿Qué pasó con esas cintas que tenían grabada la voz del hombre que me llamó?

—En el domicilio de un soldado, llamado Larry Stamer, reconocieron su voz. Dijeron que era de él, sin lugar a dudas. Por lo tanto, tuvimos que comprender lo que te he dicho; que todos se habían ocultado, te habían dejado a ti como cabeza visible del asunto, y dos de ellos estaban haciendo de fantasmones barbudos y

de interlocutores telefónicos para que toda tu historia tuviese un mínimo de verosimilitud. Seguramente, no contasteis con que grabásemos las voces… Cuando yo salí de Estados Unidos contigo, estaban buscando al propietario de aquella voz, a sus familiares. Y cuando llegué a Hong Kong, me dieron el mensaje: «Las voces de las aves han sido identificadas en lo alto de los árboles que sostienen la exótica cabaña…» Una pésima noticia, que me hizo comprender que tú y tus compañeros, éstos ocultos, estabais… estafando al Gobierno de los Estados Unidos en cinco millones de dólares. Estuve tentada de detenerte entonces, de aclararlo todo, pero quise ver hasta dónde te atreverías a llegar en tu juego, así que te dejé marchar con la maleta con el dinero, y me quedé vigilando tu *suite* en el hotel, a ver qué pasaba, pues estaba intuyendo la verdad. La única sorpresa que tuve, y que me desconcertó, fue la de tu muerte en la bahía, pues eso echaba por tierra todas mis teorías. Pero ya veo que no me equivoqué… No me equivoqué en nada, ni siquiera cuando comprendí que habíais dejado el dinero en el cuarto de baño, y que te llevabas libros y periódicos en la maleta…, que ya ha sido hallada. Pero mientras tú paseabas por el muelle de Aberdeen, esta jovencita recogía el dinero, lo metía dentro de su contrabajo, y salía del hotel… debidamente vigilada.

—La vigilancia terminó —dijo la muchacha asiática.

Lili Connors le dirigió una despectiva mirada.

—Tú eres muy poca cosa para terminar conmigo, querida —dijo, con la cascada voz de *Madame la Duchesse*.

La muchacha respingó, su rostro perdió, todo color… En cuanto pudo reaccionar, se puso a conversar velozmente con el vietnamita de mirada penetrante, en su idioma, y el desconcertado Brian Klondike, que durante su cautiverio había tenido tiempo sobrado de aprenderlo, fue palideciendo a medida que escuchaba… Finalmente, se quedó mirando a Lili con expresión desorbitada.

—¿Qué…, qué están diciendo de que antes eras una anciana…?

—Pequeños juego de espionaje, traidor. Y asesino.

—¿Asesino y traidor yo? No… No lo entiendes, Lili…

—Pues explícamelo. Quizá lo entienda. Sí…, quizá incluso llegue a comprender por qué para conseguir este dinero llegasteis a sacrificar a tres de vuestros compañeros, a tres hombres que… que habían estado sufriendo con vosotros…

—¿También sabes que fuimos nosotros, los treinta y ocho, es decir, los treinta y nueve, distribuidos en tres grupos, los que ejecutamos al capitán James Carson y a los soldados Arnold Weston y William Tarlett? —sonrió, extrañamente, Klondike—. ¿También has comprendido esto?

—¿Quién sino vosotros mismos pudisteis hacer semejante cosa? Y eso… eso no logro comprenderlo, no puedo asimilarlo de ninguna manera. ¡Asesinar a tres compañeros tan bestialmente para dar realidad a toda la falsa historia de los secuestros…, destrozar a tres compañeros de cautiverio que…!

—¡Calla! —se descompuso el rostro de Klondike en una violenta mueca de miedo y odio—. ¡Calla, tú no sabes nada, nada…! ¡No entiendes nada de nada, eres una pobre tonta que cree ser muy lista, sólo eso…! ¡Pero no has entendido nada de nada! ¡NADA DE NADA! Te lo voy a explicar —jadeó, como alucinado—. Sí, yo te lo voy a explicar, espía lista… ¡Qué listos sois los espías! Siempre en la oscuridad, siempre eludiendo el peligro al máximo, siempre con las espaldas bien protegidas…, precisamente porque sois muy listos. Tenéis cabeza, una buena inteligencia… ¿Verdad? Así que os aprovecháis de ella, y creéis saberlo todo mejor que nadie, hacerlo todo mejor que nadie… Muy bien. ¿Alguna vez has combatido? ¿Alguna vez has combatido cara a cara, alguna vez has visto morir docenas de hombres a tu alrededor, alguna vez un compañero se ha vuelto hacia ti con las manos implorantes…, y con la cabeza volada debido al impacto de una granada, alguna vez te han ordenado meterte en una jungla donde sabes que sólo hay enemigos en todas partes acechándote, en los árboles, entre las matas, en agujeros, en el agua…, y que te salen por todas partes, y te destrozan la espalda a machetazos, o te decapitan o te mutilan…? ¿Alguna vez has vivido meses y meses sin sentir otra cosa que miedo, miedo, miedo, MIEDO? Y cuando te hacen prisionero, en el fondo de tu ser, te alegras… ¡Por fin has terminado! ¡Ya no combatirás más, no sentirás más miedo, ni llorarás por ti y por tus compañeros decapitados, o destrozados por una granada…! ¡Por fin! Te llevarán a un campo de prisioneros, y sólo tendrás que esperar que la guerra termine, para ser repatriado… Pero entonces, cuando ya te han repatriado, no puedes ni siquiera dormir, de miedo y de odio ante los recuerdos horribles… ¿No entiendes lo que hemos hecho?

¿Crees que mis compañeros y yo hemos hecho esto, simplemente por dinero? Muy bien: quizá te convenzamos de lo contrario.

Brian D. Klondike se dirigió al fondo de aquel departamento del astillero, donde había un tabique, en el que se sostenía a duras penas una puerta agrietada, que derribó de un puntapié.

—Salid… —jadeen— Salid, compañeros.

Capítulo VIII

Lili Connors los fue reconociendo, uno a uno, a medida que los hombres iban saliendo de aquella parte del barracón, acercándose en silencio, plantándose ante ella, mirándola en silencio, fijamente, rígidos los rostros, duramente prietos los labios… Allí estaban. Todos.

Lógicamente, aquellos hombres deberían estar en Estados Unidos, en sus hogares, disfrutando de su libertad, procurando readaptarse a la vida normal, a la libertad, al amor de los suyos…

Pero no.

Estaban todos allí, vestidos poco menos que con harapos, ardientes sus miradas, rígidos sus rostros.

—No entiendo… No entiendo, Brian…

—¿No lo entiendes? ¡Pero si eres tan lista, si todo lo adivinas…! En cambio, nosotros no somos tan listos; somos solamente, carne de cañón. Por eso no somos listos. O quizá es mejor decir que somos carne de cañón porque no somos listos, y por eso nos enviaron a luchar… ¡Bah, no servíamos para otra cosa…!

—Brian, soy la primera en odiar con toda mi alma cualquier clase de guerra que…

—¡Sigues sin entender nada de nada! —aulló Klondike—. ¡No lo entiendes! ¡Nosotros no odiamos la guerra, nos dijeron que teníamos que ir allá, y allá fuimos…! Sólo queríamos terminar nuestra parte en la guerra, y regresar… Y por fin lo hicimos. Regresamos a casa…, pero devorados por el odio. ¿Hacia la guerra? No… No exactamente. ¿Sabes a quién odiábamos?

—No… —balbuceó Baby—. No, Brian.

—A nosotros mismos, incluso. Pero, sobre todo, a cuatro hombres que habían destrozado nuestras vidas para siempre, que mataron nuestro deseo de vivir, nuestra alegría, nuestra capacidad de amor durante meses y meses, en un asqueroso barracón… Te

diré el nombre de uno de ellos. El coronel Bon Tih, un nortvietnamita cuya maldad, cuyo sadismo está… fuera de toda explicación —su voz se iba tornando ronca—. Cualquiera de nosotros daría la vida con tal de tener al coronel Tih en nuestras manos unos minutos… La vida, sí. Pero más que a Bon Tih odiamos… odiábamos a otros tres hombres, porque la conducta de Tih se justificaba a sus propios ojos porque nosotros éramos sus enemigos. Pero los otros tres… ¡Walter! —llamó de pronto.

Uno de los treinta y ocho se puso delante, y se quedó mirando a Klondike, que le hizo una seña. Entonces, el llamado Walter se quitó los andrajos que podían definirse como una camisa, dejando al descubierto su pecho.

Y la agente Baby palideció.

—Di-Dios… Dios mío… —gimió.

—Se lo hizo el coronel, Tih, con alambres al rojo vivo —explicó Klondike—. Y mientras se lo hacía, reía… y Walter aullaba, y lloraba, y pedía piedad, y hasta que le matasen… ¿Sabes por qué se lo hicieron? Te lo diré: nos daban tan poca comida, que ya es milagro que no muriésemos de hambre… Un día, Walter hizo un comentario cuando nos dieron nuestro puñado de arroz. Un comentario sobre el coronel Tih. No mencionó a su madre, ni a sus muertos, ni nada parecido… ¿Sabes qué dijo Walter, bromeando?; «Muchachos, apuesto a que el coronel Tih no sabe contar: hoy, tengo un grano de arroz más que ayer…» ¿No fue eso exactamente lo que dijiste, Walter?

El soldado asintió, recogió la camisa, se la puso, y se esfumó entre el grupo, sin haber dicho una sola palabra.

—Te enseñaré a otros —susurró Klondike—. Por ejemplo, Norman…

—No… No, Brian, por favor.

—¿Por qué no? ¡Pero si son tonterías! Uno de nosotros jamás podrá ser padre, porque el coronel se entretuvo haciendo unos «divertidos» juegos de cirugía con él. A otro, le partió todos los dientes, y lo primero que tuvo que hacer al volver a casa fue acudir al dentista a encargar un hermoso trabajo: toda la boca postiza. A otro, le sacó un ojo con su dedo pulgar. A otro le cortó las dos manos…

—Santo Dios…

—¿No lo sabías? ¡Qué raro, chica lista! Pero… te debes preguntar qué viene a hacer por aquí un hombre sin manos, ¿verdad? Pues también te lo diré. Sea lo que sea, Bob hará algo. Lo que sea. Pero tiene que estar con nosotros cuando vayamos allá, desea estar con nosotros, lo desea más que nada en la vida. Y no le importa en lo más mínimo morir. A ninguno nos importa, porque, en realidad, estamos ya muertos, no, sentimos nada, estamos… podridos de odio y de desesperanza… Y todo eso, por cuatro hombres. Ya te he dicho el nombre de uno de ellos. ¿Te digo los otros tres nombres?

—No… No hace falta, Brian.

—Pero los diré: capitán James Carson, soldado William Tarlett, soldado Arnold Weston… Claro que has tenido que comprenderlo ya. Mientras estuvimos allí, a ellos no les pasó nada. Pero, a los demás, los que hacíamos un comentario, o al que pensaba planear un plan de fuga, o… Por cualquier cosa, éramos tratados como bestias. Y tardamos en comprender quiénes tenían a Bon Tih al corriente de lo que hacíamos, decíamos o pensábamos… Pero lo supimos. Supimos que por un puñado más de arroz, o por un cigarrillo, o por no sufrir pequeñas incomodidades, por cualquier miseria, tres de los nuestros nos estaban vendiendo día a día, para que el coronel Tih se divirtiese con nosotros y estuviese contento de ellos… ¡Maldita sea la vida, lo hicieron por nada, por nada, por nada…, por un cigarrillo, por veinte granos de arroz, por…! ¡POR NADA! ¡Cerdos, cobardes, malditos…!

—Debisteis… debisteis decir eso a vuestros superiores al ser liberados, en lugar de…

—¿Decirlo a nuestros superiores? Decir…, ¿qué? ¿Que nos habían hecho papilla a todos porque uno de nuestros compañeros quería conseguir de Bon Tih un cigarrillo diario, por ejemplo…? ¿Nos habrían creído? ¡Pero si ni siquiera nosotros podíamos creerlo, ni queríamos creerlo! No les habría pasado nada… Nada. Y mientras tanto, nosotros ni siquiera teníamos deseos de vivir en un mundo donde al compañero, al hermano de patria y de armas, se le vende por veinte granos de arroz, y por decir una tontería le cortan las manos. Eso, nos lo habían hecho hombres como nosotros, que vivían con nosotros, que podían morir con nosotros… Por nada. ¿En qué o en quién crees que cualquiera de nosotros podía confiar en

adelante? Dime una sola persona, dime un solo motivo por el que podamos recuperar nuestra esperanza, nuestros deseos de vivir, de reír, de amar… ¡Un solo motivo! Pero no te molestes, porque no encontrarás ninguno.

—Brian, tenéis que volver. Volver todos, y haremos…

—No… —Klondike parecía de pronto agotado—. No vamos a volver. Te diré lo que queremos, Lili… Quiero decírtelo, porque al conocerte, vacilé, pensé en quedarme contigo… Fue un mal momento, lo pasé muy mal. Te llamé a tu hotel, y no estabas. Me alegré cuando me dijeron que pasarías dos días fuera, con unos amigos. Tú también me habías fallado… Y encima eres de la CIA, me has estado mintiendo simpatía y afecto, casi diría que… el principio de un amor que podría haber sido muy hermoso. Todo ha sido falso, todo es falso siempre… ¿No lo comprendes? Tienes la prueba en ti misma… ¿Lo comprendes o no?

Lili Connors bajó la mirada.

—Te diré ahora para qué queremos los cinco millones de dólares —susurró Klondike—. Pero antes quiero presentarte a Ninh Ngo y a Tuyen Penh —señaló al vietnamita de los ojos penetrantes y a la muchacha del contrabajo—. Los dos pertenecen al servicio secreto de Vietnam del Sur. Son, por lo tanto, amigos.

Lili Connors miró primero a uno, luego a otra, y de nuevo a Klondike.

—¿Cómo los conociste?

—Conocí a Tuyen en Saigón, antes de adentrarme en la jungla y caer prisionero. Ya no recuerdo cómo me enteré de que ella hacía… trabajillos de espía, pero lo sabía. Cuando regresamos a Saigón, me las arreglé para verla. Mis compañeros y yo ya habíamos tomado una decisión sobre lo que haríamos, y fui a pedirle a Tuyen que nos ayudase…

—¿A cambio de nada? —sonrió fríamente Lili.

—No espero tanto de nadie. Tuyen y Ninh se quedarán un millón de dólares. Con los otros cuatro, compraremos armas, asesorados por ellos respecto a donde conseguirlas, y partiremos hacia Hanoi. Todos nosotros iremos a Hanoi.

—¿Estáis locos? ¡Jamás conseguiréis llegar allí!

—Llegaremos. Lo hemos estudiado muy bien, tenemos hechos los grupos y la ruta que seguirá cada grupo. Nos reuniremos en

Hanoi, buscaremos al coronel Bon Tih, y…

—¿Y si él no está allí?

—Está allí —dijo la muchacha del contrabajo—. Y Brian sabe, incluso, dónde encontrarlo exactamente. Yo se lo he dicho.

—Todos ustedes están locos. Hablan de Hanoi como si estuviese a la vuelta de la esquina.

—Sabemos que está muy lejos, que tendremos que cruzar la jungla en algunos puntos… Lo sabemos todo. Pero llegaremos. Por el momento, esta misma noche vamos a abordar un pesquero que estamos esperando, y que nos llevará en menos de quince días a Fangcheng, localidad china muy cerca de la frontera con Vietnam del Norte. Allí, nos separaremos y emprenderemos la marcha, unos por la costa y otros por el interior, hacia Hanoi. Llegaremos.

—Pero no volveréis. Es imposible.

—¿Y a quién le importa eso? A nosotros, no, desde luego. Sólo queremos encontrar a Bon Tih. Es el último que queda. Después, todo nos tiene sin cuidado. Quizá nos maten, pero es que si nosotros no matásemos a Bon Tih, jamás estaríamos vivos… ¿Lo entiendes?

—No se puede odiar así, todo esto es inhumano, horrible…

—En efecto —asintió Brian Klondike—. Por una vez, tienes razón.

—Brian…

—No quiero hablar más contigo. He terminado… Y no quiero tampoco escucharte. Tuyen —se volvió hacia la muchacha—, ¿todavía va a tardar mucho el pesquero?

—No. Lo llamaré en seguida.

—¿Lo llamarás? No comprendo. Creí que vendría cuando fuese posible.

—No. Ha estado todo el tiempo escondido muy cerca de aquí, en una caleta, sin luces, esperando mi señal. Y nosotros esperábamos a Dian y a los otros dos…

—Esos no volverán —dijo Lili Connors.

—Ya lo hemos comprendido —intervino Ninh Ngo—, puesto que la vieja ha resultado ser usted y está aquí. Koi —miró al vietnamita qué había conducido el coche con el contrabajo encima—, ve a hacer la señal para que venga el pesquero. Y ustedes, teniente, será mejor que se preparen para salir. No tardará ni diez minutos en llegar a la playa del astillero… Tendrán que ir nadando hasta él.

—Pues cuanto antes empecemos a nadar, antes llegaremos al pesquero. —Se volvió hacia Baby—: Adiós, Lili. Has hecho bien tu trabajo. Por nuestra parte, puedes decirle a la CIA lo que te venga en gana.

—¿Significa eso que no me vais a matar?

Brian Klondike alzó las cejas.

—¿Para qué? ¿Por qué?

—Yo también te he mentido.

—Es verdad. Pero no siento deseos de verte muerta. Te vas a quedar con Tuyen y Ninh, mientras todos los demás nos vamos. Esperábamos a Dian y los otros, pero puesto que no hay ya nada que esperar…

—Tuyen querrá vengar en mí las muertes de sus amigos —susurró Lili—. Si me dejas con ellos dos, me matarán, Brian.

Angustiada, buscando una salida a su situación, Baby fijó su mirada en el contrabajo, que estaba tendido en el suelo, junto a la pared.

—¿Les dejas el dinero? —exclamó— ¿Te vas y dejas en manos de ellos dos, cinco millones de dólares?

Brian Klondike se volvió, ya en la puerta, un tanto rígido.

—Sí —dijo simplemente.

—Pero… ¡te traicionarán también, se quedarán el dinero y no harán nada, te…!

—Ya he pensado en eso —Klondike miró a Tuyen y a Ninh—. Es cierto que pueden hacerlo. Pero nosotros somos treinta y ocho, es decir, treinta y nueve. Sea como sea, llegaremos a Hanoi, aunque tardemos un año. Y si Tuyen o Ninh realmente han pensado en traicionarnos, en mentirnos también, para quedarse cinco millones de dólares en lugar de uno, peor para ellos, alguno de nosotros sabría encontrarlos. Y no somos gente con la que se pueda jugar, te lo aseguro. De modo que si están jugando sucio, será mejor para ellos que se aseguren de que los treinta y nueve hemos muerto, o que aprendan a vivir en el más profundo agujero de la Tierra. Pueden elegir.

Dio la vuelta, y salió de la construcción, dejando solos a Lili Connors con los dos vietnamitas. Al cabo de un par de minutos, entró el llamado Koi, que se acercó a Ninh y le musitó unas palabras al oído. Ninh Ngo se acercó a la ventana, y miró hacia la

playa, en cuyo lado derecho habían aparecido las luces de una embarcación de gran tamaño. Asintió, murmuró algo y Koi también se fue. Tuyen Penh miró a Lili Connors, y sonrió… Igual que podría sonreír una hiena dispuesta a darse un banquete.

La mirada de la divina espía se abatió, como acobardada. Pero una vez baja, se desvió hacia donde estaba su maletín, cerca del contrabajo… Seguramente, la pistola la habían metido en el maletín. Y, por supuesto, todo estaba fuera de su alcance, pues los dos vietnamitas empuñaban ahora sus armas. El hombre, una pistola. La muchacha, una daga que había sacado de debajo de la falda, y con la que jugueteaba, fija su negra, inquietante, perversa mirada en la rubia señorita Connors.

¿Cuánto tiempo había estado sin conocimiento después de recibir en la cabeza el golpe propinado por el llamado Koi? Quizá cinco minutos, o diez, quince… Si pudiese calcularlo, sabrían cuánto podía tardar en llegar Simón II, después de reunir a los demás Simones, a los que estaban buscando en la bahía de Hong Kong el cadáver de Brian Klondike. Lo más probable era que no hubiese estado inconsciente más de cinco o diez minutos, de modo que, prácticamente, el cuarto de hora establecido con Simón hubiese finalizado más o menos en el momento en que ella había recuperado el conocimiento…

Lo cual significaba que, más o menos entonces, Simón habría llamado por la radio a los de la bahía, para decirles que tenían que reunirse con él, pues, evidentemente, algo le había sucedido a Baby, y tenían que ayudarla… Es decir, que Simón había llamado hacía apenas media hora, de donde se desprendía que ella no podía esperar ayuda antes de que transcurriese, como mínimo, otra media hora. Y mientras tanto, Simón II debía estar afuera, escondido, y habría visto a todos aquellos andrajosos echarse al mar, y debía estar viéndolos nadar hacia el pesquero. Y claro, al ver tantos hombres, de ninguna manera podía decidirse a atacar él sólo, pues era una estupidez.

Por otra parte, si los que estaban en la bahía buscando el cadáver de Klondike, habían salido en la lancha hacia Kowloon, y luego seguían hacia el Sur, ya bordeando costa china, podían tardar menos de media hora, y…

—Me gustaría saber lo que está pensando.

Lili Connors alzó la cabeza, y miró con indiferencia a Tuyen Penh, la muchacha del contrabajo.

—Si quiere, se lo digo —ofreció.

—Ya he dicho que me gustaría saberlo.

—Pues bien, estaba pensando cómo evitar que ustedes me maten.

—¿Y por qué ha de pensar que ésas son nuestras intenciones? —rió maliciosamente la asiática.

—¿No lo son?

—Vamos, vamos, Lili —volvió a reír la vietnamita—. A fin de cuentas, usted es norteamericana, y los sudvietnamitas somos amigos de los norteamericanos. ¿No lo sabía?

—No estaba muy segura de eso —Lili sonrió irónicamente, pero con indudable dureza—, Pero ya que usted lo dice, debe ser verdad. En cuyo caso, naturalmente, puedo marcharme. ¿O no?

—Todavía no —intervino, de pronto, Ninh Ngo—. Vamos a esperar a que el pesquero se aleje con esos hombres.

—Lo que ustedes digan —sonrió de nuevo Lili; de aquel modo que comenzaba a inquietar a Tuyen—. Me parece bien. En cuanto a nuestra hipotética amistad, hay algo que ustedes no podrán negarme jamás, el trato con Estados Unidos les ha servido, al menos, para saber hablar muy bien en inglés. Y eso es siempre útil.

Los dos vietnamitas se quedaron mirándola con visible inquietud. Algo estaba pasando. Lo sabían, pero no acertaban a definir en qué consistía el cambio en su prisionera. Sólo que, en realidad, no era un cambio, era, simplemente, que tenían en su poder, cuando menos teóricamente, una pantera que no se iba a dejar matar. Si en aquel momento hubiesen podido adivinar los pensamientos de la señorita Connors, la habrían matado al instante. Pero no podían saberlo; no podían saber que la pantera, el rayo azul que llega desde ninguna parte, estaba listo para lanzar su descarga…

—¿Por qué dice eso? —preguntó por fin Tuyen.

Lili Connors miraba fijamente los negros ojos de la muchacha asiática. En ellos había visto repetidamente una expresión de impaciencia, de dureza, de maldad innata. Sabía que en cuanto hablase, se produciría el estallido de la tormenta. Y ella tenía que ser el pararrayos. Ella recibiría la descarga del rayo. Pero tenía una

enorme ventaja, deseaba la descarga de aquel rayo, sabía cómo detenerlo… y, posteriormente, aprovecharlo en su propio beneficio.

Volvió a sonreír enigmáticamente, y contestó a Tuyen:

—Como ha dicho su amigo, será mejor que esperemos a que esos hombres estén en el pesquero… ¿Qué les pasa? ¿No saben nadar? Se están demorando demasiado.

De nuevo los vietnamitas se miraron. Sí, algo estaba pasando, algo que no les gustaba. Pero, como la propia, Baby, ellos tenían: sus planes, y no podían descuidarlos.

—De acuerdo —murmuró Ninh Ngo—. Esperaremos.

¿Cuánto tiempo?, pensó Baby. ¿El suficiente? ¿Llegarían a tiempo los Simones? Y, sobre todo…, ¿sabrían actuar de acuerdo a unos circunstancias que desconocían? Si llegaban en declarado son de guerra, lo primero que sucedería sería su muerte. En cuanto los vietnamitas intuyesen la menor señal de peligro, la matarían… Así que tenía que afrontar la descarga del rayo, tenía que jugárselo el todo por el todo… y de una sola vez.

—Les voy a proponer…

—¡Cállese! —gruñó Ninh Ngo.

—Le advierto que es un buen trato.

—Le digo que se calle. Sus compatriotas están subiendo ya al pesquero.

—Tiene usted muy buena vista en plena noche.

—No. Es que recibo la señal de que así está sucediendo. No tardarán en… Ya están todos a bordo. Como ve, saben nadar… Incluso el que no tiene manos.

—La venganza nunca es buena… —dijo Lili— Pero, en el fondo, yo los comprendo. Algunas veces, para vengar a un compañero he llegado a grandes límites de imprudencia. Y no es por odio… Es por principios. No soy vengativa, sólo quiero dejar bien sentado que amo a mis amigos, y que si los matan en lucha directa por la supervivencia, admito que mis amigos pierdan. Pero nunca tolero que los maten como si fuesen simples bestias. Ustedes, —miró a Tuyen—, ordenaron mi muerte y la de uno de mis amigos. Él quizá haya muerto en estos momentos… pero les voy a insistir en mi oferta, en mi trato.

—Podemos conversar ya —admitió Ninh Ngo—. ¿Cuál es esa oferta?

—Les compro el violín y mi vida por quinientos mil dólares…, ¡Oh, perdón!, ¿he dicho violín?. He querido decir el contrabajo. Es que como a mí me gusta tanto el violín, pues he…

—Usted está loca —la miró, torvamente Ninh Ngo—. ¿Nos está ofreciendo quinientos mil dólares por algo que vale cinco millones?

—Siempre es mejor el diez por ciento que nada. Estimado señor Ngo, esos cinco millones están compuestos por billetes falsos.

—¡No! —gritó Tuyen.

—Más falsos que un buen espía —sonrió Lili—. Sólo son papel. Un papel aceptable, pero nada más. Como ya me habrán oído antes, la CIA desconfiaba mucho en todo este asunto, así que… preparamos cinco millones en billetes falsos. ¿De verdad están sorprendidos? Pues yo no, porque todo fue idea mía.

Los dos orientales mostraban ahora en sus rostros, en verdad, el color de un viejo limón. La muchacha estaba como hipnotizada, y Ninh Ngo apretaba los labios en cortas y muy visibles sacudidas, mientras movía negativamente la cabeza.

—No —rechazaba—. No, no, no, no…

—Sí —amplió su sonrisa ofensiva Lili Connors—. Sí, sí, sí, sí.

Y estaba viendo el principio de la descarga del rayo.

—¡Maldita! —jadeó Tuyen, adelantando un paso, alzando el cuchillo—. ¡Maldita mujer,,.!

—Pobre estúpida —rió ya declaradamente Baby—. ¿Con qué base pensabais burlaros de Estados Unidos, y de la CIA? ¿Con qué inteligencia contabais? Solamente sois dos cerebros rudimentarios, inferiores, incluso, a los de un perro. ¿Realmente creéis que los orientales sois más inteligentes? Falso. Los orientales sois todos unos cretinos, unos cerdos inmundos incapaces de razonar ni el más claro y diáfano de los pensamientos, unas bestias asquerosas que…

Tuyen Penh lanzó un rugido, y saltó hacia la rubia y delicada señorita Lili Connors, desorbitados los ojos por la más abyecta furia.

Era la descarga del rayo que Lili Connors haba estado provocando.

Su única posibilidad de salvación.

Se irguió completamente, para recibir el impacto de la muchacha vietnamita…, pero de modo muy diferente a cómo ésta esperaba que iba a producirse. Tuyen Penh esperaba, sencillamente, clavar su cuchillo en el pecho de aquella mujer occidental que

despreciaba a los orientales y se había burlado especialmente de ella y de Ninh Ngo. Casi sentía ya la potencia del golpe, el rasgar de la carne de Lili Connors mientras el cuchillo penetraba en su pecho, el grito de agonía de la norteamericana, su gesto de terror primero, de dolor después, de muerte finalmente…

Pues no.

No.

Una delicada mano ascendió, rígida, hacia la suya armada. Pero la delicadeza desapareció en cuanto la palma de la mano de Lili tocó la muñeca de Tuyen. Entonces, los dedos se cerraron, en un cepo de acero, con una fuerza brutal, y fue Tuyen quien lanzó un grito al crujir su hueso fulminantemente roto, al notar la sacudida de todo el brazo, en una corriente de dolor que llegó hasta el hombro, que quedó dislocado mientras ella caía de rodillas, casi desvanecida…

Más que desvanecida, porque, mientras caída delante de Lili Connors, Ninh Ngo también gritó, se sobresaltó ante la velocísima reacción de la norteamericana, y disparó. Su bala se incrustó en la espalda de Tuyen cuando ésta aún estaba cayendo de rodillas… y mientras tanto, también el cuchillo cayó al suelo, escapando de entre los inertes dedos de Tuyen.

Ninh Ngo lanzó otro grito al comprender el fallo, y se apresuró a desviar la trayectoria del siguiente disparo… Una trayectoria orientada hacia Lili Connors, que se había dejado caer de rodillas, había cogido el cuchillo de Tuyen, y de nuevo estaba en movimiento, girando por el suelo, esquivando así el segundo disparo de Ninh Ngo, que rebotó muy cerca de una rodilla de la espía norteamericana. Ngo quiso desviar nuevamente la trayectoria del siguiente disparo, pero…

La señorita Connors movió su brazo derecho, con toda su fuerza, y el cuchillo cortó el aire con seco silbido, que se cortó de pronto al penetrar toda la hoja en la garganta de Ngo, en un impacto tan tremendo que lo derribó de espaldas, con los pies más altos que la cabeza, para caer sobre ésta, muy cerca del contrabajo, con los ojos desorbitados, la boca torcida en un gesto de dolor…, y, por supuesto, muerto fulminantemente.

Lili saltó hacia la pistola de Ngo, la empuñó y se volvió hacia Tuyen, que aún estaba de rodillas, con la espalda llena de sangre,

gimiendo.

La espía la apuntó, pero en seguida comprendió que no era necesario. Entonces, se desplazó hasta su maletín, lo abrió, y sacó el paquete de cigarrillos que contenía su radio. La accionó, y ni siquiera tuvo tiempo de abrir la boca, porque sonó la voz de Simón II, en un alarido:

—¡Baby! ¡Dígame…!

—Estoy bien, Simón —jadeó Lili—. ¿Ha llamado a los demás?

—¡Claro! ¡He estado a punto de atacar yo solo, pero entonces he visto salir a tanta gente que…!

—Olvídelo. Corra hacia la playa, y si tiene algún medio, dé prisa a nuestros compañeros para que aumenten la velocidad de su llegada, sea como sea… ¿Vienen en la lancha que estaban utilizando en la bahía?

—Sí, claro… Bueno, ellos deben estar oyéndonos…

—Entonces, ésta es mi orden: Máxima velocidad, hasta que el motor de esa lancha salte en pedazos. Tenemos que alcanzar un pesquero chino. Reúnase conmigo en la playa.

Cortó la comunicación y se acercó a Tuyen, que había caído por fin, de lado, y la miró desfallecidamente.

—Tuyen —musitó Baby—, te estás muriendo. Pero quiero que sepas algo antes de cerrar los ojos para siempre, nunca he despreciado a los orientales. Ni son cerdos, para mí; ni bestias, ni nada parecido. En realidad, hace ya tiempo que me convencí de que en Oriente está la cuna de toda la civilización mundial, y admiro a todos los asiáticos en general, por la finura de sus pensamientos, por su gran calidad, por su mente, sus gustos… Por todo. Pero tenía que provocarte, joven espía. Tenías que ser tú quien me atacase, ya que si hubiese sido Ninh Ngo, me habría matado con la pistola. Pero para mí, los orientales, sean chinos, japoneses, o…

Lili Connors, *Madame la Duchesse*, Brigitte Montfort…, Baby, en suma, calló. No dijo nada más.

¿Qué se le puede decir a un cadáver?

Salió corriendo del astillero, hacia la playa. Todavía pudo ver a Simón II, también corriendo hacia allí, desde el lugar donde habían dejado el coche…

Y lo vio perfectamente, como si de pronto todas las luces del mundo se hubiesen encendido.

O al menos, la más grande, intensa, resplandeciente luz roja, amarilla, morada, naranja… Se volvió hacia el mar, donde, justo en el lugar ocupado por el pesquero chino, se había encendido aquella luz grandiosa, enorme, cegadora…, mientras el pesquero saltaba en todas direcciones, convertido en diminutas astillas ardientes que trazaban líneas curvas en el aire… Un aire que llegó incluso hasta la playa, caliente, golpeando el rostro de la espía, agitando sus rubios cabellos teñidos… Y en el mar, una tromba de agua, blanca de espuma, azul de luna, se alzó con terrible fuerza hacia el cielo estrellado… Se alzó con los restos de todos los hombres que habían ido en el pesquero. Todos. No importaba que fuesen norteamericanos o vietnamitas. Había en juego cinco millones de dólares, y, por esa cantidad, se podía traicionar a cualquiera, a amigos y enemigos. Por esa cantidad se podía ilusionar a treinta y nueve hombres, ofrecerles posibilidad de venganza, y luego, matarlos con la bomba de tiempo, para no tener que cumplir ninguna de las promesas que se les había hecho, sacrificando a quien fuese, como fuese…

Por cinco millones de dólares.

Es decir… por veinte granos de arroz, o un cigarrillo, o una ración extra de agua, o un trago de licor…

Por nada.

Por nada, por nada, por nada, por nada, por nada…

Simón II llegó corriendo todo jadeante, fijos los ojos en la enorme llamarada que consumía odios y venganzas, noches sin sueño, vidas sin esperanza…

—Por el amor de Dios —resolló—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —musitó la divina espía, roja al resplandor—. Nada, Simón. Nada, nada, nada, nada… En ese pesquero que acaba de explotar iban los hombres por los que pedían cinco millones de dólares.

—¡Y dice usted que no ha pasado nada…! ¡Tienen qué haber muerto todos!

—Supongo que sí.

—¡Ahora que los habíamos encontrado, que iban a volver a ser libres…!

—Nunca habrían sido libres, Simón. Estaban prisioneros del odio, de sí mismos. Habrían sido siempre prisioneros…

—Pero… ¿qué está usted diciendo?

—Han hallado la única libertad posible para ellos. La única. Todo lo demás habría significado para ellos ser siempre prisioneros.

Este es el final

En su despacho míster Cavanagh detuvo la marcha del pequeño magnetófono en el cual había escuchado, como siempre, el informe grabado de la espía de lujo de la CIA Miró a ésta, que, sentada al otro lado de la mesa, fumaba en silencio, inexpresiva. Luego, sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente, brillante de fino sudor.

—Lo siento…—murmuró—Brigitte lo siento. ¿Cómo podía yo saber que todo era esto? Y ni siquiera esos vietnamitas fueron sinceros con ellos. Sólo querían los cinco millones de dólares, pero no comprometerse; así que prepararon todo para, cuando los treinta y nueve estuviesen juntos, matarlos, asesinarlos… Por el amor de Dios. ¿Cómo podía yo saber esto?

—Supongo qué de ninguna: manera —dijo suavemente Brigitte Montfort.

—Escuche… Escuche, querida niña, soy un desdichado… No sé cómo me las arreglo, pero siempre… siempre la meto a usted en los más dolorosos trabajos,;.

—Total, han muerto treinta y nueve norteamericanos —dijo ella, con voz neutral—. ¡Bah, treinta y nueve! Nada. Una insignificancia para un país que ya dispone de más de doscientos millones de habitantes, ¿no le parece?

—Brigitte, en la guerra… Las cosas…

—¡Es que no son éstos solos!.—gritó de pronto Brigitte, lívido el rostro—. ¡Hay muchos miles más, y no sólo de norteamericanos, sino de chinos, rusos, árabes, vietnamitas, o… o quienes sean en cualquier parte del mundo! ¿No me entenderán nunca? ¡Por el mismísimo Dios bendito que está en los cielos…!, ¿qué es lo que quieren ustedes? ¿Qué quieren, qué quieren, qué quieren…?

—Brigitte, por favor… ¡Por favor!

La espía, que se había puesto en pie, desencajado el rostro, volvió a sentarse y contempló el cigarrillo que había aplastado

sobre la mesa de su jefe en la CIA.

—Lo siento —murmuró—. No me gusta dejarme llevar por mis emociones. Pero, Simón ¿no lo entiende? Han muerto treinta y nueve hombres que ya habían sido asesinados en un campo de prisioneros… Sus mentes estaban muertas, y sus corazones, y sus deseos de vivir… Estaban incapacitados para volver a ser buenos, para volver a ser felices… ¿No lo entiende, Simón?

—Sí… —musitó Cavanagh— Sí, lo entiendo.

—Está bien. ¿Puedo marcharme?

Mr. Cavanagh bajó la mirada hacia un montoncito de papeles que tenía ante él. La mayoría no merecían su especial atención en modo alguno. Pero uno de ellos decía exactamente:

«CIA — Hanoi — Especial — URGENTE». «En el día de la fecha, se ignoran todavía los motivos, ha sido asesinado el coronel de Vietnam del Norte, Bon Tih, cuando salía de su alojamiento. Testigos casuales afirman que fue una muchacha vietnamita quien llevó a cabo el atentado. La versión más difundida es que dicha muchacha (atención a esta nota: la muchacha era considerablemente más alta que lo normal en la mujer vietnamita, y sus negros cabellos, cosa poco corriente, eran ondulados) se acercó al coronel Tih, sacó una pequeña pistola, y disparó a su frente desde menos de cinco pies, matándolo en el acto (atención a esta nota: la pistola no produjo sonido audible alguno), inmediatamente, la mencionada muchacha vietnamita, aprovechando la confusión, desapareció. Se ignora su paradero. Seguimos investigando.» «Servicio HANOI, CIA, 10-4-73».

—Quisiera hacerle una pregunta —susurró Cavanagh.

—Está bien.

—Usted terminó este caso en Hong Kong hace cuatro días. ¿Dónde ha estado estos cuatro días?

—Tomando el sol en Honolulú.

—Mmm… Bueno, recibí una notificación de los agentes de Hong Kong, en la que se me decía que, mientras ellos se ocupaban de los detalles para poner a salvo cierto contrabajo valorado en cinco millones de dólares, usted pidió un helicóptero… que se le facilitó inmediatamente. ¿Adonde fue con ese helicóptero?

—A Honolulú.

—Creo que hay varios miles de millas de distancia.

—A Honolulú, señor.

—Mire, Brigitte, yo creo…

—He dicho que a Honolulú.

Míster Cavanagh tragó saliva, y se imaginó a su más querida espía, a la que consideraba como si fuese su propia hija, vestida de muchacha vietnamita, y se dijo que sí, que ciertamente, la agente Baby no podía tener ninguna dificultad en parecer vietnamita. Por supuesto que sí.

—Espero —susurró— que hiciese buen tiempo en Honolulú en esos cuatro días, Brigitte.

FIN